J. Silva Aramburu y J. L. Mayral

LA LOCURA DE ERNESTINA

Comedia en tres actos y en prosa, original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1926

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lalocuradeernest00silv

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.° de la procedencia

4186.

LA LOCURA DE ERNESTINA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réserves pour tous les pays, y compris la Suéde, la Norvége et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA LOCURA DE ERNESTINA

Comedia en tres actos y en prosa, original de

J. Silva Aramburu y J. L. Mayral

ESTRENADA EN EL TEATRO ALKAZAR
DE MADRID, EL 27 DE ENERO DE 1926.

Copyright by, J. Silva Aramburu y J. L. Mayral.

MADRID
GRAFICA-MADRID, DOÑA URRACA. 17
1926

REPARTO

Personajes.	*Actores.*
ERNESTINA.....	Sta. Barrón.
ISABEL.....	Sra. Sanz.
FLOR DE LIS.....	» Alba.
MARIA-LUISA.....	Sta. Pujó (M.)
PETRITA.....	» González Granda.
FIFINA.....	» Cachet.
CACHITA.....	» Pujó (B.)
SANTIN PELLEJERO.....	Sr. Bonafé.
LUIS ALMODOVAR.....	» Bruguera.
TOTO.....	» Rovira.
RICARDITO.....	» Oltra.
MARTINEZ.....	» Sanz.
UN MARINERO.....	» Ponzano.

La acción en una capital marítima del Norte de España.—Epoca, actual.—Flnes de verano.—Lados, los del actor.

ACTO PRIMERO

La terraza de un coquetón hotelito en un imaginario puerto veraniego del Norte de España. A la derecha, y protegida por un toldo que la resguarda de los rayos solares, la fachada del hotel, con su puerta practicable, a la que dan acceso un par de escalones; a la izquierda, cerrando la escena, balaustrada de piedra que se prolonga por el foro, teniendo en el centro de dicha lateral una entrada. Comienza este acto a las doce de la mañana de uno de los primeros días de Septiembre.

(Al levantarse el telon, aparecen agrupados junto a la balaustrada de la izquierda, PETRITA, FIFINA, CACHITA, TOTO, RICARDITO, MARTINEZ y SANTIN PELLEJERO. Todos, excepto éste, son chicos jóvenes y alegres. SANTIN frisa en los cincuenta y cinco, aunque la coba que se da, lo disimula muy bien. En primer término derecha, sentadas en grupo, ISABEL, MARIA LUISA y FLOR DE LIS. Las dos primeras de veinticinco a veintiocho años, distinguidas y elegantes, hacen labor. La última, una solterona de cuarenta y cinco, aunque ella apenas declare treinta, hojea el «A B C».

—

TOTO (*Un sevillana de lo más castizo, que como todos los de su grupo, sigue con interés las incidencias de una regata de balandros.*) Reparen ostés lo que adelanta er Pichichi...

724567

PET. No digas, Tóto, que «Mimosa IV» lleva mucha ventaja.

FIF. ¿Y no os fijáis cómo avanza «Rocambole»?

RIC. Pues ¿y «Relámpago»?

SANT. ¡Ah!, pero no hay cuidado: el balandro de Ernestina y Luis, va en cabeza desde hace tres minutos.

CAC. Como el de Pepito Lorenzana.

SANT. Sí, lo mismo; sólo que cambiando dos letras, porque el de Luis va en cabeza y el de Pepito va de cabeza.

TOTO ¡Casi ná! dos letras de cambio que le van a vensé.

SANT. Como que en cuanto Ernestina dijo que ella iba en el balandro de Luis, aseguré yo que triunfaba en la regata.

PET. ¿Por qué?

SANT. Porque donde haya una mujer regateando, que se quiten todos los hombres.

TOTO ¡Sembrao, ha estao'sté, sembrao!

(*Sigue, animadamente la contemplación y los comentarios.*)

ISAB. Qué, Flor de Lis, ¿trae algo de importancia el «A B C»?

FLOR Nada, hija, fruslerías; una explosión en Getafe, un crimen en Carabanchel, una cogida grave en Madrid y un descarrilamiento entre Pinto y Valdemoro; lo que se dice fruslerías.

M. LUI. Como que la animación todavía está en estas playas.

FLOR Sí; aún es prematuro el retorno a la Corte; al menos por mí lo digo, porque yo, ya sabeis: en tanto en cuanto doña Victoria y don Alfonso no regresen, yo permanezco, y aun algunos veranos he prolongado mi ausencia lo mismo que doña Cristina.

M. LUI. ¿Que quién?

FLOR Doña Cristina, la madre.

ISAB. (*A María Luisa.*) Está hablando de la Familia Real, mujer.

M. LUI. ¡Ah, ya!

ISAB. Sí; mientras ellos no van a la plaza de Oriente, el Madrid distinguido está desorientado, y perdonadme el «calamburg».

ISAB. Pues yo, la verdad, tengo unas ganas de verme en mi pisito de la calle de Serrano...

M. LUI. ¿Tan mal lo pasas aquí?

ISAB. No es que lo pase mal, pero Ernestina y yo, solas casi todo el verano... y Antonio allí, con sus negocios... Además, que deseo formalizar nuestra vida en Madrid para tomar una determinación con Ernestina. Va siendo una mujer y hay que pensar en el porvenir.

M. LUI. Más que una hermana mayor, pareces una madrecita cariñosa.

ISAB. El no tener hijos, quizás me haga redoblar mis cuidados con ella.

FLOR Está guapísima la chiquilla, ¿eh?... ¡Se la van a rifar!

ISAB. Por eso quiero yo estar alerta, para hacer trampa en la rifa si veo que es un granuja el que tiene la papeleta del premio.

FLOR Muy en su punto, porque hijas, hay que ver cómo están los hombres; como que si yo no me he casado ha sido por eso precisamente; y es lo que me digo, si está de Dios, nunca es tarde...

ISAB. Decididamente, a nuestro regreso, hay que atar a esta niña un poco más corto; esto mismo de hoy es una locura: irse en el balandro de Luis Almodóvar; una bala perdida.

FLOR La más mala cabeza del orbe, como dicen de don Juan.

M. LUI. (*A Isabel.*) Oye, ¿ese don Juan es también de la Real familia?

ISAB. (*A María Luisa.*) No, mujer; es el Tenorio.

FLOR Cuentan de él y no acaban; su «yath», «La Golondrina» tiene más historias que «Las mil y una noches».

ISAB. ¡Y qué historias!... Pero vete con esos reparos a las niñas de hoy en día; por eso pasen estas locuras veraniegas, pero en cuanto lleguemos a Madrid, borrón y cuenta nueva.

FLOR Bien hecho, Isabel; tú estás con Galeno y conmigo: «Más vale prevenir que curar». (*Siguen hablando.*)

TOTO ¡Mi mare, qué virage!

PET. ¡Terrible!

FIF. ¡Ha sido brutal!

CACH. ¡Una cosa bárbara!

RIC. ¡Ha rozado el mar con la vela!

SANT. Expuesto a apagarla, imagínate.

MART. Un poco mas y da la vuelta al balandro.

SANT. Sí; él da la vuelta al balandro y yo doy la vuelta a Madrid, porque a Luis le sucede un percance en el agua y a mí me corta el veraneo en seco.

TOTO ¡Lo dicho, amigo, que está'sté sembrao!

RIC. Ya... ya van a llegar...

FIFI Isabel... María Luisa. ¿No queréis ver el momento del triunfo?

PET. Sí, sí; venid.

CACHI. No os sintáis demasiado señoras casadas.

ISAB. Allá vamos.

M. LUI. ¿Y quién se resiste? (*Se unen al grupo de los jóvenes.*)

FLOR. Yo con Santín, que me prestará los prismáticos, ¿no es verdad?

SANT. ¿Y cómo no?... Los prismáticos se han he-

cho para las niñas... para las niñas de los ojos levemente cansadas.

FLOR. ¡Oh! Mi miopía es imperceptible.

SANT. No importa; yo los uso y tengo una vista excelente.

FLOR. Y famosa; como que precisamente el otro dia he oído hablar de ella.

SANT. ¿Sí?

FLOR. Sí, en el Casino; se comentaba su desgracia en cuantos pleitos intervino usted como abogado, cuando ejerció la carrera, y hubo quien dijo: «En cambio, divisa un mosquito a veinte metros.» «¿Y eso qué?», pregunté yo, y me contestaron: «Que esa es la única vista que no ha perdido.»

SANT. ¡Sembrada! ¡Ha estado usted sembrada!

TOTO, P., &. ¡Hurra! ¡Bravo!

(Aplausos, saludos con los pañuelos, etc,, y dentro se escucha el estampido de un cohete.)

ISAB. Al fin llegaron los primeros.

M. LUI. Se salió Ernestina con la suya.

SANT. Propongo una cosa: que todos los jóvenes bajemos al embarcadero para hacer a los vencedores un recibimiento triunfal.

TODOS ¡Bien! ¡Bien! ¡Aceptado!

FLOR. ¡Admirable idea!

SANT. Y el que llegue el último paga esta tarde la merienda.

TODOS Eso... eso...

(Hacen mutis corriendo por izquierda; Santín va a hacer lo propio, pero le detiene Flor de Lis.)

FLOR. No se desboque, amigo Pellejero, que tengo yo empeño en que paguemos esa merienda a medias. Además, qué ya sabe usted lo que ha dicho Pirandello: «Qui va piano, va lontano e va sano.»

SANT. ¡Ah! ¿De modo que Pirandello ha dicho eso? Entonces ya sé quien paga la merienda: ¡Pirandello!
(*Y hace mutis por la izquierda, seguido de Flor de Lis, que no le suelta.*)

ISAB. ¡Qué chicas!... ¡Y qué chicos!

M. LUI. ¡Y qué mayores, Isabel! Porque lo que es Flor de Lis y Santín Pellejero...

ISAB. ¿Qué quiéres?... Tienen el alma joven.

M. LUI. Algo joven habían de tener para disculparles, ¿verdad?... En cambio tú, no sé porqué, me parece que ocultas con la máscara de tu risa un espíritu apenado, dolorido quizás... ¿Me equivoqué?

ISAB. No, María Luisa, no te has equivocado. ¡Han pasado tantas cosas en estos años que hemos estado sin saber la una de la otra!

M. LUI. Cinco, que se han ido veloces como un suspiro...

ISAB. ¿Para ti, sí? Eso me indica que eres feliz en tu matrimonio.

M. LUI. Cada día más, como no pude ni soñarlo siquiera al casarme con Arquímedes, un hombre serio, sin un atractivo personal, de quien yo comencé diciendo que iba de luto por dentro y por fuera, y con el que terminé por arrodillarme en las gradas del altar.

ISAB. ¿Es bueno, verdad?

M. LUI. Tanto como serio, aunque esto pueda parecerte exageración. Y Antonio, ¿no lo es?

ISAB. ¿Lo sé yo misma, María Luisa?

M. LUI, El vuestro fué un matrimonio por amor.

ISAB. En efecto; tú mejor que nadie sabes, que yo me casé enamorada de mi marido.

M. LUI. Entonces...

M. LUI. Pero el amor, que de novio puede inspirar un hombre con un poco de simpatía y otro poco de gracia, mezcladas con habilidad,

de esposo no hay quien pueda mantenerle, si no es a costa de un cariño muy hondo, hecho a base de sacrificio y de privaciones.

M. LUI. ¿Y él?...

ISAB. Acertó a encender en mí la llama de la ilusión, pero no logró impedir que se apagara.

M. LUI. ¿Supiste de alguna aventura?

ISAB. La presentí, que es peor. Antonio es un marido de buen tono, que me atiende, que cuida de que nada me falte, incapaz de cometer conmigo una incorrección, pero, con un alma tan distinta... y tan distante de la mía!...

M. LUI. Tal vez distraído con sus negocios...

ISAB. Sí; esa es la piadosa mentira con que yo misma quise engañarme, hasta que me convencí. Sé que para mi marido no soy más que la mujer que cuida celosamente del hogar y en quien puede pensarse como un refugio para el mañana.

M. LUI. ¿Tan desilusionada estás?

ISAB. Juzga tú si no tengo motivos para ello; hasta en estos meses del verano, en que parece renacer para todos la unión familiar, él continúa proporcionándome un descanso, comodísimo, eso sí, pero lejos de su lado... ¡Si vieras, María Luisa, qué tristeza pone en la vida este derrumbamiento de un sueño de felicidad!...

M. LUI. Aún no es tarde para que se realice.

ISAB. Tienes razón. Ahora, que yo confío tan poco en que el viento que se le llevó vuelva a traerle, que he hecho ya de otra persona el objeto de mi existencia. (*Sin frase, María Luisa la interroga, un poco alarmada, con la vista.*) No, no te asustes, que no es lo que tú supones; mi nueva ilusión tiene nombre de mujer y lleva mi sangre.

M. LUI. ¿Ernestina?

ISAB. La misma. Mi fracaso sentimental me ha enseñado que mejor que caer a tierra con las alas rotas, es cortarnos las alas antes de emprender el vuelo; por eso yo quiero hacer de mi hermana una mujercita que viva de realidades, mejor que una muñeca que se alimente de ensueños.

M. LUI. ¿También ella siente la inquietud de las alas?

ISAB. Como yo, como otras muchas, tiene en la cabeza una bandada de pájaros: ¿comprendes por qué dije antes que estoy deseando regresar a Madrid, para moldearla de nuevo, aleccionada por mi experiencia?

M. LUI. ¿Y podrás?

ISAB. ¿No he de poder? Ernestina, como todas las muchachas de hoy, no es mala, aunque algunas tengan la coquetería de quererlo parecer; son producto de una moderna educación en que la forma lo es todo y el corazón permanece virgen a merced del primero que se apodere de él.

M. LUI. Pues date prisa, que andan tantos demonios sueltos por el mundo...

ISAB. Es verdad, muchos, y todos a caza de inocentes o de desengañadas; tal vez por eso también, yo quiera unirme a Ernestina en un abrazo estrecho, para defenderme con ella de los demonios que un día pudieran tentarme con el fantasma de la ilusión que no pude alcanzar.

RIC. (*Dentro.*) ¡Viva Ernestina!

VOCES (*Idem.*) ¡Viva!...

MART. (*Idem.*) ¡Viva Luis Almodóvar!

VOCES (*Idem.*) ¡Viva!

M. LUI. ¡Ea! Y ahora a no pensar más en tristezas,

que llegan ahí los muchachos y con ellos la alegría.

ISAB. Dices bien, María Luisa, pero a veces...

(Cortando la frase de Isabel irrumpen en la escena los personajes que antes hicieron mutis, excepto Flor de Lis y Santín. Entran también Ernestina y Luis Almodóvar. Ella es la encantadora muchacha que ya se ha descrito en el diálogo; él es un hombre joven, fuerte, guapo, con la despreocupación y el aire cosmopolita de quien se ha paseado bajo todos los cielos y ha sentido la caricia de todos los climas. Visten ambos de balandristas.)

ERN. ¡Isabel! ¡María Luisa!... *(Besándolas.)* Somos unos «hachas»!

M. LUI. Enhorabuena, mujer.

ISAB. Vamos, vamos, loca; ya está bien de saltos y de gritos.

LUIS *(Saludando a Isabel, a la que besa la mano.)* A sus pies, Isabel; como ve usted, le devuelvo a su hermana, pese a la mala fama que todos me dan. *(Jovial.)*

ERN. Oye, oye, niño; no presumas de que me devuelves, como si hubiera estado en tu mano el hacerlo o no. ¡Vaya con el tonto éste, que tiene más fantasía que un traje de noche!

ISAB. No le haga usted caso: es una chiquilla. María Luisa, voy a presentarte. María Luisa Fontecha de Carrillo, mi mejor amiga de la infancia... Luis Almodóvar.. *(No sabiendo qué profesión «adjudicarle», vacila un momento, indicando su duda con el gesto.)*

LUIS *(Que se da cuenta de la situación.)* Aventurero, señora; es la única profesión fija de que puedo envanecerme.

ERN. *(Remedando el tono de Luis.)* Y conquista-

dor, María Luisa; es la única habilidad de que quiere que le alaben.

ISAB. Pero mujer, que no has de dejar en paz a Luis...

ERN. ¿Es mentira lo que he dicho? A ver si hay quien lo sostenga. Fíjate qué silencio tan solemne, y repara en la cara de víctimas de estas pobres chicas y en el gesto de rivales vencidos de estos pollos tomateros... Sí, sí, María Luisa, hazme caso a mí: Luis Almodóvar es el tenorio del siglo XX; ahora que, sin el chambergo y sin los versos de Zorrilla, el Tenorio es completamente inofensivo.

ISAB. Niña...

LUIS Déjela usted, Isabel; si a mi me divierte mucho oirla: se lo aseguro.

ERN. ¡Ah, entonces me callo!... No he quedado yo todavía para divertirte a ti; para eso tienes a Ciutti, vulgo Santín Pellejero...

TOTO ¡Carambal... Y a propósito de Santín, ¿onde s'habrá quedao ese joven honorario?

PET. Aquí llega.

FIF. Y trayendo del brazo a Flor de Lis.

ERN. Fijarse qué pareja tan bonita; vienen para que les hagan postales.

TOTO Voy a gastarles una broma. (*Por donde hicieron mutis entran Flor de Lis y Santín; aquella se apoya en el brazo de éste y cojea levemente.*) ¡Vivan los novios (*Este viva es contestado por toda la gente joven entre risas estruendosas.*)

FLOR (*A Santín, deteniéndose.*) Mucha, mucha gracia no ha tenido la exclamación, ¿verdad, Santín?

SANT. Ni mucha ni poca, Flor de Lis; sobre todo viniendo lisiada como usted viene.

ISAB. ¿Eh?... ¿Pero ¿qué te pasa?

M. LUI. ¿Le ha ocurrido a usted algo?

LUIS ¿Algún percance?
(*Los demás la rodean interesándose por ella y ponienda una silla en la que se sienta.*)

ISAB. Vamos, cuenta lo sucedido.

TOTO (¡Como si lo viera! ¡Er truco de siempre!)

FLOR Nada; no, no ha sido nada de importancia, una distensión en la caña del pie o tobillo por mejor nombre. Que os cuente Santín.

SANT. Veníamos hacia acá, siguiéndoos por esas rocas de la derecha, yo delante y ella detrás-cuando de repente oí un pequeño grito; volví la cabeza y me encontré con que Flor había metido el pie... por la juntura de una peña y hacía esfuerzos desesperados por sacar la caña de su prisión; al pronto, yo supuse que se trataría del picotazo de algún cangrejo de los que abundan por allí, aunque de sobra sé que los cangrejos no pican en las cañas, corrí a auxiliarla, la ayudé a levantarse, me rogó que la diese masaje en la parte lesionada y apoyándose en mi brazo la he conducido hasta aquí... Eso ha sido todo.

TOTO (¿No lo dije?... ¡Er truco! ¡Esta vieja es una Mesalina.)

ISAB. Pero ¿se te ha pasado ya?

LUIS ¿Necesita usted que avisemos a un médico?

FLOR No, por Dios; si no ha sido nada de particular; ademas, en éstos casos el masaje sienta muy bien y aquí Santín, masajea que marea.

SANT. (¡Ay, Dios que me piropea!)

ISAB. Vaya, pues menos mal que la cosa ha quedado en el susto; ahora, para que se te pase del todo y al mismo tiempo para solemnizar el triunfo de Ernestina y de Luis, vamos a tomar todos una copa de honor, ¿eh?

TODOS ¡Muy bien! ¡bravo!

ERN. Sin perjuicio de la cena que yo tenía prometida para esta noche si llegábamos los primeros.

SANT. ¡Admirable! En esa prueba sí que no le cedo a ninguno el primer puesto.

ERN. ¡Eres el campeón de los gorrones, Santín!

SANT. Eernestina, por Dios, que hay señoritas delante.

ERN. No, perdona; tratándose de comer, delante de ti, no hay nadie.

ISAB. ¡Eres incorregible! Pero vamos, niñas, id desfilando al comedor. Y usted, Luis, no se haga de rogar.

LUIS (*A Isabel.*) ¿El brazo? *(Ella lo acepta y en unión de los demás personajes, hace mutis por derecha, Luis inicia con Isabel una animada conversación; Ernestina se dirige hacia la balaustrada del fondo. Toto se aproxima a Santín, al que habla confidencialmente. Todo simultáneo.*

TOTO (*A Santín.*) Amigo, la ha dao usté de primo.

SANT. ¿Eh?

TOTO Que eso der tobillo es un truco.

SANT. No comprendo.

TOTO Que lo de la caña ha sío pa pescarlo a usté.

FLOR (*Que al levantarse, finge un nuevo dolor.*) ¡Ay!

SANT. ¿Vuelve el dolor?

FLOR Sin duda la envoltura musculosa está resentida y al moverme... Si fuese usted tan amable... (A *Santín.*)

SANT. Con mucho gusto... Toto, acompañe usted a Flor de Lis. Yo me quedo en la terraza, ya sabe usted que no bebo y que sólo el olor me hace daño.

FLOR Bien hecho; está usted con los naturistas y conmigo. «El alcohol es el destructor de las razas». ¿Vamos, pollo? (*A Toto.*)

TOTO Andando, doña Flor.

FLOR Andando, pero despacito.

TOTO (¡Esta me la paga don Santín! ¡Digo si me la paga!)

FLOR (¡Ay! ¡Que diferencia de brazo!... Con lo agustísimo que yo me reclinaba en el de Pellejero!) (*Mutis por derecha.*)

ERN. ¡Enhorabuena, Santín!... ¡Ahora sí que no me negarás que la has dislocado!

SANT. ¿Pero qué dices, criatura?

ERN. Lo que salta a la vista; que Flor de Lis está por ti, que hace números.

SANT. Sí, números de circo; equilibrios y malabares, pero como si diera saltos mortales; yo soy incorruptible.

ERN. Pues es una admirable proporción.

SANT. Justo, una proporción en que la incógnita son los años; lo malo es que yo no estoy por los problemas.

ERN. Es decir, que la pobre Flor, ¿pierde el tiempo?

SANT. Pero hombre, ¿dónde voy yo con una flor tan pasada?

ERN. ¡Bah!... ¡Así sois todos!,.. No merecéis nunca las pasiones que encendéis en el corazón de las mujeres...

SANT. ¿Es decir, que tú crees que todo el que enciende una pasión?...

ERN. Debe de apagarla si es un caballero.

SANT. Sí, pero es que yo he encendido muchas en este mundo.

ERN. Por eso: casándote con Flor...

SANT. ¡Iba a apagarlas todas juntas, no te quepa duda! Además, ya sabes que yo soy enemigo mortal del matrimonio; ¡ah! ¡si Adán y Eva no hubieran cometido la tontería de casarse!...

ERN. ¿Qué?

SANT. Que no estaría el mundo como está; el matrimonio es la perdición de los hombres; mata las iniciativas, aniquila las energías, oscurece los talentos más claros... Casarse es consagrarse al hogar, a la familia, a los menesteres caseros, a todas esas cosas que deben ser primitivas del sexo femenino: por eso yo he llegado a la conclusión de que las únicas que deberían casarse son las mujeres.

ERN. Pero, ¿con quién?

(*Muy asombrada ante la doctrina de Santín.*)

SANT. ¡Caramba, es verdad!... Pues mira, en eso no había caído.

ERN. En serio, Santín, ¿por qué piensas de ese modo?

SANT. En serio, Ernestina, porque la culpa de todas mis desventuras la tiene una boda.

ERN. ¿Tuya?

SANT. De un amigo entrañable; éramos uña y carne; él era la uña.

ERN. ¿Por qué lo sabes?

SANT. Porque al final me convencí de que era un «hueso. Como te digo, nuestra amistad rayaba en la fraternidad desde la infancia; ¿se trataba de ir al teatro? Ibamos los dos. ¿Había que hacer una visita? Ibamos los dos ¿Tocaba ir a clase? No íbamos ninguno, para estar de acuerdo en todo. Un domingo de Carnaval, vimos en un coche a una muchacha preciosa; nos enamoramos de ella, la paseamos la calle, la pedimos relaciones y nos dijo que sí porque le fuimos muy simpáticos: es decir, se lo fué mi amigo, con el que se casó al año y medio. No puedes imaginarte la emoción con que esperé aquel día; me acicalé como si fuese el contrayen-

te y hasta tuve la coquetería de retratarme después de la ceremonia; solo, naturalmente, pero me retraté. Por una elemental delicadeza, mí amigo no me permitió que le acompañase en el viaje de novios y cuando de regreso a Madrid, yo esperaba saborear las dulzuras de la vida tranquila en el nuevo hogar, mi fraternal compañero se encerró conmigo en el despacho y poniéndome en la mano un billete de mil pesetas, me dijo: «Mi mujer no quiere que vivas con nosotros: sostiene que cada hombre debe crearse una posición por su propio esfuerzo, y yo, sintiéndolo mucho, me veo obligado a separarte de mí». Le hice mil reflexiones acerca de lo imposible que me sería cambiar de vida; me respondió que para eso me daba el billete, para que pudiera cambiar me abrió los brazos, me cerró la puerta y me lanzó al vacío.

ERN. ¡Chico!... Si Shakespeare coge esa tragedia, te inmortaliza.

SANT. Comprendiendo que había de trabajar para comer, decidí ejercer la carrera de abogado; defendí varias causas, cobré fama, porque como las perdí todas, no pude cobrar otra cosa, hasta que tropecé con un nuevo amigo providencial, tan cariñoso y tan amable como el anterior; pero... ¡mi triste sino, Ernestina! a los diez meses se me casó también y ya puedes imaginarte la escena: un billete, esta vez de quinientas pesetas y las consabidas palabras. «Mi mujer no quiere que vivas con nosotros, etc., etc.» Total ¿para qué cansarte con el relato de mis desventuras? Así se me han casado cuatro, el último hace un año, después de llevarme a la boda nada menos que a La Coruña.

ERN. ¿Y ese también te dió un billete?

SANT. Sí, me dió un billete de vuelta para Madrid.

ERN. Pues hijo, eres una adquisición para una Agencia de matrimonios.

SANT. ¡Como que debía subvencionarme la Vicaría! Menos mal que ahora me parece que tengo amigo para una eternidad.

ERN. ¿Luis Almodóvar?

SANT. Luis Almodóvar, sí, que en punto a celibatismo es una verdadera fiebre silvestre. Como yo, es incorruptible... Ya ves, ahora acabamos de recorrer en «La Golondrina», su «yath» de recreo, toda Europa, parte de Asia y casi toda América; hemos visto las mujeres más diversas, pues como si no: los dos incorruptibles. A través de las mayores bacanales, después de las noches más orgiásticas, ni el más leve recuerdo, ni la más sencilla complicación: el puerto... un bote... y él y yo, al «yath».

ERN. Pues no sabes lo que me felicito en nombre del sexo femenino de esa condición de invulnerable que adorna a tu amigo; porque, hijo mío, antipáticos, presuntuosos y fátuos los habrá, pero como el tal Luisito te aseguro que no espero encontrarle en el mundo.

SANT. (¡Duro, Santin, que el que quita la ocasión, quita el peligro!) ¿Fátuo, presuntuoso y antipático has dicho? Pues has dicho bien y has dicho poco. (*En la puerta del hotel aparece Luis, que escucha hasta el fin de la escena sin ser visto por Santín y por Ernestina y comentando con sus gestos las frases que escucha.*) Luis Almodóvar es, además de todas esas cosas, tacaño y miserable como un judío.

ERN. Caramba, Santin, pues en ese aspecto tiene fama de todo lo contrario.

SANT. ¡Mentira vil!... ¡Si lo sabré yo!... Y es sanguinario y cruel como Barba Azul.

ERN. No te creo, porque a correcto y a galante pocos le ganarán.

SANT. ¡Pura farsa! ¡Habilidades de lobo carnicero! Lo que yo te puedo asegurar es que en «La Golondrina», donde yo tengo absoluta libertad para abrir y cerrar todas las puertas, hay una, cuya llave conserva cuidadosamente, sin permitirme que trasponga sus umbrales. (Y no miento: la puerta de la bodega.)

ERN. ¡Que atrocidad! Un muchacho que a pesar de todo tiene buena figura y no es feo... eso hay que reconocerlo.

SANT. ¿Que no es feo Luis? Pero ¿cómo le has mirado, criatura? Si tiene las piernas torcidas, si bizca los ojos al mirar, si además, y con esto está dicho todo, es reumático y usa la ropa interior de bayeta amarilla, que cuando se va a acostar parece un canario en la muda.

ERN. ¡Jesús, qué proporción más extraordinaria!

LUIS (*Que ya no puede más, saltando indignado.*) ¡Ea!... ¡Esto no hay paciencia que lo resista!

SANT. ¡Atiza! ¡El infrascrito!

ERN. ¡El canario!

LUIS Eres un perfectísimo sinvergüenza, Santin, y o te retractas ahora mismo de todas las bellaquerías que acabas de hacer pasar por verdades o te tiro de cabeza al mar.

SANT. Hombre, repara que...

LUIS No réparo nada; eres un mentiroso de cuerpo entero y tienes que retractarte.

SANT. ¿Retractarme? ¿De cuerpo entero?,.. Me pa-

rece demasiado, Luis, habiendo una señorita delante...

LUIS — Perdona, Ernestina; pero como comprenderás, la cosa no es para...

ERN. — Pero si tiene muchísima gracia... ¡Ja, ja, ja! (*Riendo a carcajadas.*) Si yo me he divertido como nunca... (*Nuevas risas.*) Mira que tacaño como un judío... ¡qué cosa más graciosa! Y además, sanguinario como un Barba Azul... ¡Jesús, qué miedo!... Y además reumático y con la ropa interior amarilla. ¡Es que no quiero acordarme porque me muero de risa!... ¡Ja, ja, ja...!

(*Luis trata de avanzar hacia Ernestina con objeto de hablarla, pero ella redobla sus carcajadas y sin dejarle que pronuncie ni una sola palabra, hace mutis al hotel sin cesar de reir estrepitosamente. Al talento de la actriz encomendamos la expresión de este difícil momento escénico. Después de vacilar dice:*)

LUIS — ¡Bueno! ¡Señor don Santín Pellejero!: escoja usted la clase de muerte que más le agrade, porque va usted a entregar su alma a Dios, si es que Dios tiene la humorada, que lo dudo, de recoger una cosa tan inútil.

SANT. — Pero, ¿eso es un fallo inapelable?

LUIS — Una sentencia del Supremo. Ahora que, siguiendo la costumbre establecida, antes de aplicarte la última pena, te hago gracia de concederte lo que me pidas.

SANT, — ¡Pues maldita la gracia que me haces!

LUIS — Habla, pero rápido; no olvides que son las doce y media y que a la una, debes estar allí arriba. (*Señalando al cielo.*)

SANT. — Te advierto que no me esperan a almorzar.

LUIS — Ya te escucho.

SANT. — Ante todo, contéstame a unas preguntas:

¿tú eres partidario o enemigo del matrimonio?

LUIS Enemigo acérrimo, ya lo sabes.

SANT. Te felicito una vez más. (*Le estrecha la mano efusívamente.*) Y prosigo en mi interrogatorio: si uno de tus amigos, el más íntimo, el más entrañable, el que se regodea con los suculentos manjares de tu mesa y aromatiza el aire que respira con el humo de tus expléndidos habanos... (*Viendo que por el bolsillo de la americana le asoma un cigarro, se lo coge tranquilamente y se pone a fumarlo.*) se permitiese jugarte la mala pasada de darte a traición un empujón hacia el matrimonio, ¿tú que harías con él?

LUIS ¿Y tu me lo preguntas? Le haría servir de pasto a los peces.

SANT. ¡Me parece muy bien! Y si por el contrario, ese mismo amigo desbrozase el camino de tu vida de los peligros matrimoniales que te acecharan, y te colocase en condiciones de seguir siendo célibe hasta el fin de tu existencia ¿cómo se lo pagarías?

LUIS Estrechándole entre mis brazos y colmándole de atenciones.

SANT. (*Aproximándose a Luis para que le abrace.*) Pues estrecha y colma.

LUIS Pero, ¿esto qué significa?

SANT. Que ese amigo soy yo, Luis, y que todo lo que has oido de mis labios, no era motivado más que por mi deseo de evitarte un peligro en lo futuro.

LUIS ¡Ah!... ¿de modo qué..?

SANT. Que soy un mártir de la amistad al que se le han casado ya cuatro amigos y que no está dispuesto a consentir que tu hagas el quinto.

LUIS Entonces, ¿lo de Barba-Azul?

SANT. Un cuento.

LUIS ¿Lo de mi tacañería?

SANT. Un ardid.

LUIS ¿Y lo de la ropa interior amarilla?

SANT. Un disfraz de canario flauta. Demasiado sé yo que tú eres apolineo en la figura, magnánimo en la recompensa y exquisito en la indumentaria, pero ¿qué quieres?... ¿que le diga todo esto a una muchacha soltera que es siempre un enemigo de tu libertad? No, Luis, no; yo podré tener todos los defectos, pero no vendo a un camarada ni aunque me lo paguen al peso. Y, ahora, ya lo sabes todo; hiéreme, mátame si quieres, pero prométeme antes que enviarás mis papeles a Roma, porque en cuanto se entere Pío onceavo de las causas de mi muerte, me canoniza.

LUIS ¡Eres inmenso, Santín Pellejero!.. (*Transición.*) Y, dime, dime, según eso, tú crees que Ernestina es un enemigo temible...

SANT. (¡Se impone la misma táctica!) Pero, ¿qué dices, incauto palomo?

LUIS Hombre, la muchacha, después de todo. reune una suma de atractivos y de encantos...

SANT. En esa suma estás equivocado; además, que he ahí el mayor peligro de las mujeres: el que se fija en la suma se casa, al poco tiempo se multiplica y el que se multiplica, se divide, créeme a mí.

LUIS Pero no me negarás que Ernestina tiene un físico.,.

SANT. A fuerza de afeites, de ungüentos y de pomadas: de manera que ya lo ves: ese físico es químico.

LUIS Sin embargo, el cuerpo...

SANT. ¡Una birria!

LUIS Y la dote...

SANT. Una pequeñez...

LUIS Verdaderamente que el que te pida consejo a ti, no se casa ni con la Venus de Milo.

SANT. ¡Dios te oiga, Luisillo, porque si El te deja de su mano y caes, a mí no me queda más recurso que el amoroso abrazo de la Parca!

LUIS Pues ya puedes estar bien tranquilo, que lo que es yo... Y ahora menos que nunca, Santín.

SANT. ¿Menos que nunca has dicho?... A ver, a ver, descifra esas palabras cabalísticas, en las que he creído entrever un luminoso rayo que me deslumbra.

LUIS No vas equivocado. El veraneo puede que se termine con una «faena de categoría», y como yo para ti no tengo secretos, allá va mi confesión.

SANT. Silabea, que te oigo con una atención de radioescucha.

LUIS Aquí, no; pueden salir las muchachas, puede sorprendernos Flor de Lis...

SANT. Tienes razón; allí, al otro lado de la terraza, donde nadie nos estorbe...

LUIS En marcha. (*Iniciando el mutis por última derecha.*) Te prometo para el almuerzo dos botellas de la Viuda.

SANT. Mientras sepa que sigue siendo viuda, la acogeré con todo cariño; pero en cuanto llegue a mí, la noticia de que ha vuelto a casarse... ¡me dedico a desacreditar la marca! (*Al mutis.*) ¡Bueno!... ¡Con este Almodóvar he encontrado yo un seguro de vida! *(Hacen mutis por última derecha detrás del hotel. Hay un instante de pausa, al final del que, por la puerta, asoma la cabeza de Ernestina, que curiosea la escena.*)

ERN. (*Hacia el interior del hotel y con misterioso*

acento.) No se ve a ninguno de los dos... No se oye nada... Salid con mucha precaución. (*Baja los escalones qúe la separan de la escena, y tras ella, con idéntico sigilo, hacen lo propio Petrita, Fifina y Cachita.)*

PET. ¿Qué habrá sido de ellos?

FIF. Dices que...

CAC. ¿Será posible?

PET. Pero, ¿tú crees?...

ERN. No me cabe la menor duda: la actitud de Luis Almodóvar era la de un hombre decidido a todo.

¿A todo?

ERN. ¡Absolutamente!

PET. ¿Y el pobre Pellejero?

ERN. Figuraos: temblaba como si estuviera atacado de ese baile antiguo que ya no se estila.

FIF. ¿El rigodón?

ERN. ¡Quita, mujer!... El baile de San Vito.

PET. ¡Pobrecillo!

FIF. Si ya os he dicho yo que Luis es temible: menudas cosas me ha contado a mí de él mi hermano.

CAC. En casa ha prohibido mamá que nos tratemos con él.

PET. Y mi tía dice que más que calavera es un esqueleto completo.

FIF. ¡Ay! (*Suspirando.*) ¡Pero es tan simpático!

CAC. ¡Tan elegante!

PET. ¡Y baila de un modo el tango argentino!

ERN. (¡Bueno!... ¡A estas cursis las pongo yo los dientes largos!..) Y después de todo, ¿sabéis por qué ha amenazado de muerte al infeliz Santín?

CAC. ¿Por qué?

ERN. Porque le sorprendió contándome ciertas hazañas suyas.

PET. ¡Ah...! ¿de modo que tú sabes?

FIF. ¿Estás en el secreto de...?

CAC. ¡Ay, por Dios! Cuéntanos...

ERN. Hijas, no sé si debo; además, que Santin me obligó a prometerle que guardaría el secreto.

FIF. Pero, mujer; entre amigas...

CAC. Además, que a nosotras es también en secreto como nos lo refieres.

ERN. ¿Y no se lo diréis a nadie?

CAC. Descuída, que si se lo decimos a alguien será del mismo modo: siempre en secreto.

ERN. En ese caso... (¡Por presumido voy a ponerle en ridículo, porque lo que es éstas se lo cuentan hasta a la orquesta del Casino!) Escuchad...

(*Fifina, Cachita y Petrita se agrupan en torno a Ernestina, mientras ésta se dispone a contar de Luis las más absurdas aventuras, llevada del «piadoso» deseo de que sus interlocutoras le pongan en solfa al divulgarlas.*)

PET. Oye, ¿es verdad que ha viajado mucho?

ERN. ¡Uf!... ¡Una atrocidad!... Ha dado la vuelta al mundo dos veces, una para allá y otra para acá.

CAC. No lo entiendo.

ERN. Más claro: que ha dado una vuelta de ída y vuelta; al ir tardó doce meses y al volver, quince.

FIF. ¿Porqué?

ERN. Porque todo el camino era cuesta arriba.

FIF. ¡Ah!

PET. ¿Y te contó Santín alguna de las aventuras de Almodóvar?

ERN. Me contó varias, pero una sobre todo ¡atroz!

CACH. ¿La de China?

ERN. ¡La misma!

FIF. ¡Ay!... ¿Cómo es? ¿Cómo es?
(*Muerta de curiosidad, que domina asimismo a Petrita y Cachita.*)

ERN. Pues veréis. Cuando Luis Almodóvar llegó a Pekin, le presentaron en casa de un alto dignatario de la Corte, uno de los más famosos mandarines de la ciudad, que tenía cinco hijas; Luis comenzó a frecuentar la mansión del mandarín, donde le obsequiaban a diario con una taza de té; bailaba con las muchachas, coqueteaba con ellas, y un día ¡zas!... una mandarina que desaparece, los padres, locos, comienzan a hacer indagaciones y Luis Almodóvar a ayudarles, cuando de repente ¡pum!, desaparece la hermana que la seguía. Redoblan, como es natural, las pesquisas, sin que nadie sospeche de él y a la tarde siguiente, al llegar a la casa del mandarín, se encuentra conque éste y su consorte salen gritándole: «Las cinco, ¡las cinco!» «Justo, la hora del té»; contesta Luis, y le responden: «No, si queremos decir que han desaparecido las otras tres hijas»... Asombro, desorientación, toda la policía de Pekín en funciones, y a la mañana siguiente «La Golondrina» que leva anclas, llevándose en su seno las cinco mandarinas... ¿Eh?... ¿Qué os parece?

PET. ¡Ay que ver! ¡qué hombre!

FIP. ¡Cinco mandarinas!

CACH. ¡Y seguidas!

ERN. ¡Para coger una indigestión!

FIF. Pues hija, di tú que las niñas de Pekín sí que son de fiar...

ERN. Yo siempre he oído que las mujeres de China son las más frágiles del mundo. ¡Ah!... pero no es eso lo peor...

CACH. ¿No?

ERN. No; lo peor es que las cinco hijas de la celeste república, viven en el «yath» con Luis y con Pellejero.

LUIS ¿Ah, sí?

ERN. Como lo oís, y además que..,

(*Sigue hablando con ellas en voz baja a tiempo que por donde hicieron mutis, aparecen Santín y Luis estrechamente cogidos del brazo.*)

SANT. ¡He ahí las bellas ondinas del Cantabrico!

LUIS ¡Bellas!... pero pérfidas, Santín, no lo olvides, ¡son solteras!

(*Santín hace cómicamente la señal de la cruz y los dos avanzan hacia las muchachas.*)

SANT. ¿Jugáis a prendas?

LUIS ¿O confesáis mútuamente vuestros secretos de amor?

PET. ¡Ay!

FIF. ¡Jesús!

CACH. ¡Ellos!

ERN. ¡Soñábamos con un príncipe encantado!

LUIS ¿Y quién era si puede saberse? (*Forma Luis grupo con las muchachas mientras Ernestina cambia unas palabras con Santín.*) ¿Por fin te perdonó la vida?

SANT. Sí; pero no te fíes, Ernestina, porque, ahora que no nos oye: ¡todo lo que te he dicho es verdad!

FLOR (*Por la puerta del hotel sale del brazo de Toto y de Martínez.*) Con cuidado, que estos escalones son más traidores que un tipo de melodrama.

SAN. ¿Aun dura ésa luxación?

FLOR En cuanto me muevo me vuelve el dolor.

ISAB. (*Que sale con María Luisa y Ricardito.*) Nada, mujer, eso no es nada; ahora, en cuanto llegues a casa, te das unas friegas

con la embrocación de María Luisa, y ¡como nueva!

M. LUI. Lo único que tiene es que escuece algo...

SANT. Pero si no hay más remedio, no hay más que aguantar.

FLOR Bien dicho, Santín; usted está con César y conmigo: «Aléa jacta est». (*Como se escribe.*)

SANT. (¡Qué barbaridad!) (*Siguen hablando.*)

LUIS (*Que se ha separado del grupo de las muchachas y se dirige a Isabel.*) Isabel...

ISAB. No olvide usted que esta noche es la cena ofrecida por Ernestina para celebrar el triunfo.

LUIS No lo olvidaré... (*Intimo.*) No olvide usted tampoco mis palabras de antes.

ISAB. Por Dios, Luis... que pueden oirle.

LUIS Es verdad; perdón. Hasta luego. (*La besa la mano. A Santín.*) ¡En marcha, Santín!

M. LUI. ¡Ea, niñas...! vámonos todos. Os dejaré en vuestros hoteles respectivos.

ISAB. Y tú, María Luisa, que no deje de venir esta noche Arquímedes, tu marido.

M. LUI. ¡Qué sé yo! ¡Es tan retraído!.. En fin, por mí no ha de quedar.

TOTO (*A Santín.*) ¡Gachó con er truco de esta solterona! Bien podía osté relevarme.

SANT. ¿Quién, yo? Propongo una cosa: que el que llegue el último al faro, pague el «vermouth»

TODOS Eso, eso...

LUIS Pues a la una, a las dos... y a las tres. (*Con gran algarabía y estruendo, hacen todos mutis menos Flor de lis, Totó que no se puede soltar de su brazo y Santín al que Flor coge por la americana, impidiéndole huir. Ernestina, riendo, desde el último término izquierda ve marchar a todos y les dice adios con el pañuelo. Isabel y María*

Luisa han salido también juntas y despacio.)

FLOR *(Al sujetar a Santín.)* ¿Me presta usted el brazo, caballeroso Pellejero?

SANT. ¿Cómo prestárselo?... Si puediera... ¡se lo regalaba!

TOTO ¡Sembrao! ¡Ha estao'sté sembrao!

SANT. ¡Sí...! Sembrao... y con Flor! Ya lo está usted viendo. (*Hacen mntis lentamente por donde todos.)*

ERN. Esta noche no se hablará en Marbella más que de la aventura que yo le he colgado a Luis Almodóvar. ¡Pobre Luis Almodovar! Después de todo es mucho más infelíz de lo que parece...

ISAB. (*Entra por donde hizo mutis; se vuelve para decir adios a los que se alejan y suspíra.*) ¡Luis Almodovar!... Es mucho más peligroso de lo que yo creía. (*El telón, que ha comnzado a caer lentamente con la frase de Ernestína, cae ahora rápido,*)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Saloncito en el hotel de Isabel y Ernestina. Gusto, distinción y confort en el decorado y en el moblaje. Al foro, gran puerta de cristales, abierta, que da a una pequeña terraza que cae sobre el mar. Puertas en ambas laterales. Es de noche y la escena aparece sola y expléndidamente iluminada.

(A poco de levantarse el telón, desciende de la terraza a la escena, SANTIN PELLEJERO que viste de smoking y fuma un buen cigarro puro.)

SANT. «Hermosa noche, ¡ay de mí!
cuántas como esta, tan puras...»
(*Ha llegado a una mesita volante, sobre la que hay una caja de habanos, que abre, cogiendo das de ellos, luego de examinarlos.*) ¿Puros?... Era lo único que me faltaba para completar el porvenir de este «Romeo y Julieta». Cogeré dos; uno por barba y otro por nacarado y aterciopelado cutis; lo contrario sería quedar mal con Julieta, y yo no veo, razón a distinguirla de Romeo. (*Se acomoda con toda tranquilidad en un amplio butacón, saboreando el habano.*) La vida es amable... sobre todo después de comer bien y lejos de la mujer que le atormenta a uno la existencia; ¡esa Flor!... ¡esa Flor!... ¡qué lástima no poderla meter entre las hojas de un libro y ¡pum! cerrar de golpe para dejarla dentro!... (*Por lateral derecha Toto, Ri-*

cardito y Martínez. Visten como Santín.)

TOTO ¡Ahí le tenéis ustés!... ¡Siempre trabajando por el porvenir de la Humanidad!

RIC. ¡Santín!

MART. ¡Pellejero!

TOTO ¿Se monologuea?

SANT. ¡Ah! ¿sóis vosotros? Se dialoga, mis queridos amigos, se dialoga.

TOTO *(Después de mirar en todas direcciones buscando inútilmente al interlocutor de Santín.)* ¿Con quién?

SANT. Con mi otro yo, que decimos los metafísicos.

TOTO ¿Y de qué habláis ostés?

SANT. De la fortaleza del sexo débil y de la debilidad del sexo fuerte.

TOTO ¡Oús!... Eso es una paradoja.

RIC. Pero ¿es posible que tú razones en serio, Santín?

SANT. Completamente; es la única manera de parecer joven, ahora que a los viejos les ha dado por echarlo todo a broma, hasta los años. Además... ¿queréis decirme qué es la vida sino una paradoja que se mueve?

TOTO ¡Arrea!... ¡Le ha trastornao a usté la última copa de Champagne!

SANT. Pues se equivoca usted, que me ha trastornado la primera.

MART. Entonces ¿para qué has seguido bebiendo?

SANT. Para ver si proporcionándola compañía me molestaba menos.

TOTO ¡Sembrao!... ¡Está osté siempre sembrao!

MART. Antes decía Ernestina, que eres el hombre que más divierte gratis a la gente.

SANT. ¿Sí, eh?... ¡Vaya!... Pues desde hoy varío; yo estaré sembrado—que dice Tóto—pero como no me abonen, no doy fruto.

TOTO Güeno... y ahora hablando de otra cosa... Usté tiene motivos para estar bien enterao...

nosotros rabiamos por saberlo y tenemos opiniones contradictorias; no nos engañe usté, Santín. (*Con cierto misterio.*) ¿Es verdá lo de Ernestina y Luis?

SANT. (*Con gran firmeza.*) Si.

MART. (*A los otros.*) ¿Lo véis?

RIC. ¿No os lo decía yo?

TOTO ¡Estaba descontao! (*A Santín.*) Entonces, lo de Luis e Isabel ¿no es verdá?

SANT. (*Con la misma firmeza de antes.*) No.

RIC. ¡Naturalmente!

MART. ¡Como que yo iba a equivocarme!

TOTO ¡Yo he sido el único que he visto claro!

SANT. Venid acá, que ahora me toca a mí preguntar. ¿Qué es lo de Isabel y Luis y lo de Luis y Ernestina, para que yo me entere?

TOTO ¿Cómo?

RIC. ¿Eh?

TOTO ¿Usté no sabe?

SANT. Ni palabra.

TOTO Entonces, sus respuestas...

SANT. Que vuestra compañía me es muy agradable y he querido quedarme con vosotros —que dicen los flamencos—para una temporada.

TOTO Es decir, que...

SANT. Que si no os molestáseis os daría un consejo, en latín macarrónico para mayor claridad, ya que aquí este sevillano domina las lenguas muertas: *Murmurationibus gentium estultitia est.*

(*Se va hacia el foro. Pronúnciese lo anterior así: «Murmuracionibus gencium estulticia est.»*)

MART. (*A Toto.*) Oye, tú, ¿qué nos ha dicho?

RIC. ¿Es algo malo?

TOTO Lo de la *murmurationibus* está claro; lo de la *gentium* tampoco ofrece dificultad, ahora

que lo de la *estultitia* voy a tenerlo que mirar en un Diccionario, porque no estoy muy seguro de la traducción.

SANT. ¡Decididamente, a este Toto le falta una consonante en el nombrecito!

(Por el foro, Flor de Lis del brazo de Luis: elegantísimamente vestida ella, pero con un traje juvenil que «marea»; él de etiqueta.)

FLOR *(Deteniéndose: a Luis.)* ¿No le decía yo a usted, caballeroso Luis, que le encontraríamos en el *fumoir?*

SANT. ¡Atiza! ¡Mi pesadilla!

FLOR Perdonen ustedes, juveniles contertulios, que interrumpa su amena charla; pero este hombre *(Por Luis.)* me ha trasmitido tales cosas de parte de Santin que no he tenido más remedio que darle las gracias por sus halagüeñísimos conceptos y lanzarme en su busca, hasta que por fin, hele aquí.

SANT. ¡Heme! ¿Ese? *(Por Luis.)* ¡Ca!

FLOR ¡Por Dios, Santin!... ¡Que parece que está usted deletreando!

LUIS Ea; una vez hallado el galán perdido, yo desaparezco.

TOTO ¡Digo!... Y nosotros también.

RIC. Pero que a escape.

LUIS Ustedes tienen que hablar.

SANT. No, hombre, no marcharse; con lo agradable que es vuestra compañía.

LUIS Ya sabes que nuestra característica es la discreción.

SANT. Pero si me dejáis sin compañía... ¿de qué me sirve a mí la característica?

LUIS Vaya, hasta luego.

TOTO ¡Salú y elocuensia!

(Y tras una sonora carcajada, hacen los cuatro mutis por el foro. Flor de Lis, rubo-

rosa, mira de reojo a Santín; éste, cómicamente molesto por la «encerrona», no sabé cómo romper el hielo.)

SANT. (Estos guasones se han empeñado en que me haga daño la cena, y la cena me hace daño a mí; ahora, que luego yo les hago daño a ellos.)

FLOR ¿Decía usted algo, simpatiquísimo Santin?

SANT. Soliloquiaba, señorita. Era lo que podríamos llamar una edición privada de mis pensamientos.

FLOR ¿Y no habría manera de que yo adquiriese un ejemplar de esa edición?

SANT. ¡Imposible!... Acaba de agotarse; no queda más que el mío y ese está en rústica.

FLOR (*Siempre muy en cursi.*) Pero si usted me le prestase, yo le encuadernaría en piel de Rusia, con cantos dorados y una inscripción en el lomo que dijera: «Pienso en ti.» «Por Santin Pellejero.» ¿No le gustaría?

SANT. ¿El lomo?... ¡Con locura! Sobre todo en bocadillos.

FLOR ¡Bah!... Se está usted chanceando de mí.

SANT. ¡Qué disparate! Correspondía al tono humorístico de sus palabras y nada más.

FLOR Bien; lo creo. Pero ya en serio, contésteme a una pregunta: ¿es cierto todo cuanto me ha dicho Luis?

SANT. Hombre, Luis no ha sido nunca un embustero, ahora que a lo mejor, en esta ocasión le ha dado por probar si servía para ello.

FLOR Concretemos: usted, mientras tomaban hoy café sobre la cubierta de «La Golondrina», ¿no ha hablado con su amigo de alguna mujer?

SANT. (¡Atiza!) Sí... es posible... no recuerdo...

FLOR ¡Quiere disimular!... ¡Corazón, no saltes que me delatas! Me interesaría que recordase...

¿a usted le molestaría que reconstituyéramos la escena?

SANT. Al contrario, Flor de Lis; usted manda en mí como capitana generala. (¡Me parece que estoy haciendo el quinto!)

FLOR. Por Dios, Santín, quite usted entorchados y déjeme describir el fondo de la escena que trato de hacerle recordar: prima tarde...

SANT. (¡Pero qué prima!)

FLOR. La silenciosa cubierta del «yath»: una mesita volante, dos sillas, dos amigos y dos tazas de café.

SANT. En la mía, cuatro terrones; es mi costumbre; prosiga...

FLOR. Todo está en calma: el cielo está sin nubes y azul está la mar.

SANT. Eso es de «La Tempestad»; conozco el repertorio.

FLOR. Usted se queja a su amigo de la monotonía de su vida de soltero: le dice que está deseoso de constituír un hogar, de hallar una mujer que comparta con usted las dulzuras de su existencia, que sea en la negra noche de sus soledades la estrella que le marque un nuevo amanecer; entonces el, conocedor del corazón humano, interroga, inquiere, sonsaca, y usted... da un nombre que corresponde a la esperada. la compañera, la estrella...

SANT. (¡La estrello!... ¡palabra que la estrello!)

FLOR. Y ahora pregunto yo, Santín amigo: por su fe de caballero, por su estirpe y su biásón...

SANT. («¡Molinos de viento!» Esta mujer es de zarzuela)

FLOR. Dígame usted la verdad; ¿aquellas palabras fueron la expresión de una convicción arraigada o no pasaron de ser un vapor calenturiento?

SANT, (¡Mi madre, qué conflicto!) Estando como estábamos en el mar muy bien podían haber sido un vapor, pero... (¡Bueno! ¿Y quien le dice a esta mujer que Luis le ha gastado una broma?

FLOR. Pero... ¿no lo fué?

SANT. (¡Ea! ¡pecho al agua!) No lo fué, no, señorita; ahora que yo no sé si Luis la ha dicho a usted toda la verdad; yo, usted no lo ignora, soy un enemigo recalcitrante del matrimonio: el solo hecho de escuchar esa palabra me pone nervioso, me saca de mis casillas, me revoluciona: ¡me bolcheviquiza!

FLOR, Entonces,..

SANT. Yo comprendo el amor, le acato y le venero, pero libre como el pájaro.

FLOR. ¡Jesús! Es decir, que la mujer amada por usted...

SANT. Ha de amarme a mí por mí mismo. sin lazos indisolubles, iniciando el acoplamiento con una sola fórmula de mi invención: «Te quiero, me quieres, pues anda p'alante y compra los muebles, que yo no tengo suelto.»

FLOR. ¡Qué atrocidad!

SANT. Pero hay algo más grave. (Ahora le devuelvo el pelotazo a Luisito.)

FLOR. ¿Más grave?

SANT. Sí, Flor; grave, gravísimo, trágico, espantoso; que esa mujer, cuyo nombre di yo en la cubierta de «La Golondrina», es amada al propio tiempo que por mí, por mi amigo entrañable, por mi camarada fraterno, por Luis Almodovar. (¡Toma! ¡Para que me gastes chuflas!)

FLOR. ¿Eh?... ¡No!...¿Sí?... ¡Dios mío!... O es que venían retrasados o es que este veraneo me ha rejuvenecido...

SANT. Y yo, soy un defensor del amor libre, que no obliga a las mujeres a que le quieran por la fuerza, pero Luis es más: es un «tenorio», y un «tenorio» no repara en medios para lograr su deseo... porque, estando verdaderamente enamorado, ¿usted sabe cual es el primer acto del «tenorio»?

FLOR. Sí, señor: «la hostería del laurel».

SANT. No señora; el rapto a bordo del «yath» a los islas Jamaicas o a la Indochina, que no me negará usted que es un rapto muy largo.

FLOR. No siga usted, por caridad se lo suplico: son demasiadas emociones seguidas... Yo no podía ni siquiera imaginar... Y búsqueme después; necesito que hablemos serenamente, tranquilamente...

SANT. No olvide usted que sobre la cabeza de dos amigos entrañables y de una mujer hermosa, se cierne una tragedia, y que si es usted buena amiga de ella, ya que conoce su nombre, debe evitar que el mal llegue a su término.

FLOR. (¡Otro nuevo caos! ¡Yo enloquezco!) Santín, un favor: yo me habia permitido coger de la mesa estas dos mandarinas, con objeto de hacer con usted un sencillo experimento de física recreativa, en la creencia de que nuestra conversación se deslizaría por cauces normales.

SANT. Conozco el experimento: se escribe un nombre en cada una, se tiran al mar y la que vaya más lejos, arrastrada por las aguas, asegura un amor más duradero.

FLOR. En efecto, pero yo no estoy ahora para esas regatas: guárdeme usted los dorados frutos y después, cuando volvamos a vernos, devuélvamelos: es un capricho, una niñería... cosas de la edad, si usted quiere. (*Le da las*

mandarinas que él se guarda en los bolsillos del smoking.)

SANT. Usted me manda.

FLOR. Y paciencia, Santín, conformidad y fé. Voy a meditar, a tranquilizar mi espíritu, a poner en orden mis ideas... ¡Pero, señor, qué mal repartido está el mundo! Dos a la vez, ¡ay! y los dos me gustan.

(Llevada del brazo por Santín, cruza la escena y a punto de hacer mutis por derecha. le da su mano a besar; Santín la besa y ella hace mutis, muy cursimente ruborosa, con los detalles que a la artista sugieran el momento y la situación. Al iniciar este cruce de la escena han aparecido en el foro las adorables cabecitas de Ernestina, Petrita, Fífina y Cachita, que tan pronto ha desaparecido Flor de Lis, prorrumpen en una carcajada tan alegre como estruendosa.)

SANT. (*Volviéndose rápido.*) ¡Eh! ¡Niñas... niñas! Respetad la ancianidad.

ERN. Perdona, hijo. No sabíamos que ahora te había dado por presumir de viejo.

SANT. Me refiero a Flor de Lis. Además, que una mujer enomorada es diga de la admiración humana, hasta cuando ha llegado a ese estado por el turno de antigüedad.

PET. ¡Ah! ¿pero es que Flor de Lis está enamorada?

CACH. ¿De ti?

FIFI Es gracioso. (*Ríen las cuatro muchachas, alborozadas.*)

SANT. Caramba, pues no comprendo por qué os produce hilaridad que una mujer se enamore de mí.

ERN. Muy sencillo; por la misma razón que en

el Tenorio no se permite *Ciutti* hacerle la competencia a don Juan.

SANT. ¡Ah! ¿De modo que...?

CACH. Mientras subsista tu intimidad con Luis Almodovar, no tienes derecho a amar ni a ser amado.

ERN. El es el acaparador.

PET. Tiene juventud.

FIFI Tiene elegancia.

CACH. Tiene una historia llena de aventuraa.

PET. Y a propósito de aventuras... (yo me decido a preguntárselo), ¿es cierto lo de las mandarinas?

SANT. (¡Vaya! Estas nos han visto.) ¿Cómo os lo voy a negar? Sí, hijitas. es verdad. ¡Qué quereis!: debilidades de los hombres y de las mujeres.

FIFI Son cinco, ¿verdad?

SANT. No, no. Son dos nada más, os lo puedo jurar.

CACH. ¿Y para qué las queréis?

SANT. Para una tontería: para un experimento de física recreativa; vamos a tirarlas al mar.

FIFI ¡Jesús!

PET. ¡Qué atrocidad!

ERN. Vamos, Santín, no asustes a las chicas. Cualquiera diría que te has contagiado de tu fraternal amigo (*Con ironía.*) y que te gozas en hacer sufrir a las mujeres.

SANT. Pero nena, si las he dicho la más inofensiva de las verdades.

(*Dentro se escucha un fox ejecutado en un piano.*)

FIFI ¡Calladse! ¿No oís?

PET. ¡Un «fox»!

CACH. Esa es Isabel que nos llama.

ERN. Y los muchachos que os esperan.

PET. Es verdad. Vamos corriendo.

FIFI Sí, sí... vamos.

CACH. (*Haciendo un gesto a Santín.*) ¡Monstruo!

FIFI. (*Idem.*) ¡Antipático!

PET. (*Idem.*) ¡Fiera! (*Y riendo a carcajadas hacen mutis por derecha.*)

SANT. (*Muy asombrado.*) Pues señor, que me emplumen si las entiendo. En fin, «Juvented, divino Tesoro», que dijo el poeta. ¿Tú no vas, Ernestina?

ERN. No, me espanta pensar que me estrechase por el talle ese hombre.

SANT. ¡Uy!... ¡Malo, malo, malo! Cuando una damita dice refiriéndose a un galán: «Ese hombre», es que para ella ya no hay en el mundo más que aquel...

ERN. No seas estúpido, Santín. Además, te advierto que no estoy para bromas: tengo los nervios de punta.

SANT. (*Con cierta dulzura, que hasta ahora no empleó en ningún momento.*) ¿Mimos de chiquilla caprichosa?...

ERN. No sé. La tormenta de esta tarde, quizás.

SANT. O la de esta noche, tal vez.

ERN. (*Con asombro.*) ¿La de esta noche?

SANT. Sí, Ernestina. Entre tú y yo no cabe engaño, y el barómetro de mi experiencia, señala esta noche tormenta en tu corazón. (*Ernestina comenta esta frase con una carcajada nerviosa, estridente.*)

ERN. ¡Ay, qué gracia!

SANT. ¿De qué te ríes?

ERN. De que te me figuro vestido de fraile, con la capucha calada y con el brazo así, extendido, indicando tempestad.

SANT. ¿Qué divertido, verdad?... Oye, y si en tu desbocada imaginación te parezco un fraile aunque sea de escaparate de óptico, ¿por qué no pruebas a confesarte conmigo?

ERN. ¿Contigo? ¡Qué locura!... Y sobre todo, ¿qué tendría yo que confesarte?

SANT. La verdad, el motivo de esa excitación nerviosa, el origen de esa nube de tormenta que ha descargado esta noche sobre tu corazón.

ERN. ¿Otra vez con lo mismo?... ¡Sabes que estás muy pesado!

SANT. ¡Ea! Para que no trates de engañarte a ti misma, ¿me dejas que siguiendo un procedimiento muy corriente en las confesiones, sea yo quien pregunte y tú quien conteste?

ERN. Vaya, te has empeñado...

SANT. ¿Qué quieres?... ¡Por no perder la costumbre! Ven, siéntate aquí a mi lado; así, más cerca, como una niña chica que va a decirle su verdad a un viejo, para quien tiene el pecho de cristal.

ERN. Acabarás por interesarme con este nuevo aspecto de misionero.

SANT. ¿Cuántas galanterías ha tenido hoy contigo Luis?

ERN. ¿A qué viene esa pregunta?

SANT. Es un continental con la respuesta pagada, y el chico está esperando.

ERN. Pues contéstale que no estoy en casa.

SANT. Entonces, permíteme que siga otro procedimiento más concreto y más claro. Luis Almodóvar no ha tenido contigo esta noche ni una sola galantería.

ERN. Ni maldita la falta que a mí me hacen las galanterías suyas.

SANT. También puede que eso fuese verdad, si él no las hubiese prodigado a las demás.

ERN. ¿Crees que puedo tener envidia?

SANT. Creo otra cosa que te voy a decir con entera crudeza, Ernestina; creo que te interesa ese hombre, como tú has dicho antes.

ERN. *(Se levanta y con un marcado nerviosismo que quiere ser despreocupacion, contesta.)* ¿A mí?... ¿a mí?... Santín, o estás loco o quieres divertirte conmigo. ¡Mira que interesada yo por ese tipo!... Y claro, tú, ejerciendo tu apostolado, quieres hacerme tragar un sermoncito para que no piense más en tu amigo entrañable y se aleje la posibilidad de un futuro matrimonio que te dejase otra vez en situación de reserva... Confieso, Santín, que te creía un poco más hábil; yo suponía que tenías la carrera terminada y acabo de ver que estás en el preparatorio... y para que te suspendan.

SANT. Por lo visto la tormenta viene acompañada de chubascos, y este, ya pasó.

ERN. Ni pasó ni dejó de pasar, ¡ea! Ya has conseguido revolucionarme los nervios del todo.

SANT. ¿Y ni aún así te decides a decirme la verdad?

ERN. ¿La verdad? ¿Quiéres saber la verdad, no? Pues allá va enterita: me da cierta pena la vida triste y errabunda de tu amigo, que finge constantemente una alegría que está muy lejos de sentir, y me divierte de un modo extraordinario tu actuación de escudero de ese conquistador infernal que tiene un rayo verde destructor en la mirada; él a enloquecer a las mujeres y tú luego a deshacerlas moralmente: en su vida hay una tragedia, en la tuya hay un sainete. ¿Estás ya satisfecho?... Esa y nada más que esa es la verdad de mi pensamiento.

SANT. Tienes razón; acabas de decir toda la verdad: no olvides que al principio de nuestra conversación te dije que eras una niña chica hablando con un viejo para quien tenías el pecho de cristal.

ERN. No te entiendo.

(*Por el foro cruzan muy amarteladas las parejas de Petrita y Ricardito; Fifina y Martínez y Cachita y Toto; al verlas, reaparece en Santin el tipo de siempre.*)

SANT. (*A Ernestina.*) ¡Chist!... Calla y mira: todos emparejados: como comprenderás, esto no puede ser: dejar que la gente se case es un crimen; una esposa es la cárcel de un espíritu para toda la vida; un noviazgo es ya el procesamiento con prisión y sin fianza. De ninguna manera; corro a ejercer mi apostolado, ya que tú no necesitas de él. El amor es un niño, pero yo ante ese niño me siento Herodes. Con tu permiso, Ernestina; vuelvo en seguida; el tiempo preciso para deshacer esos tres matrimonios, y vuelvo. (*Mutis por el foro izquierda, lugar por el que desaparecieron las tres parejas.*)

ERN. ¡Anda con Dios, hombre, anda con Dios!... ¡Lo que he tenido que resistir para no abrirle mi corazón! (*Va a hacer mutis por derecha cuando por este término entra Luis.*)

LUIS ¡Ah, perdón!... Estabas aquí...

ERN. Sí, con Santin, que me hacía reír de muy buena gana con sus humoradas. ¿Y a que no sabes por qué me dejó?... Pues para ir a encizañar a unas parejas amorosas que cruzaron muy amarteladas por la terraza.

LUIS Es curiosa esa enemiga de Santin a los amores de los demás.

ERN. (*Con intención.*) ¿De todos los demás?

LUIS No comprendo el alcance de tu pregunta, Ernestina.

ERN. Me lo explico, porque ha sido una niñería ridícula.

LUIS Te aseguro que ahora lo entiendo menos. ¿Qué me has querido decir?

ERN. Figúrate qué tontería: que si esa enemiga

te alcanzaba a ti también; pero en el mismo momento de decirlo, pensé que si a Santin le exasperan los amores ajenos, a ti es el amor en sí mismo, como sentimiento humano, el que te pone frenético.

LUIS Cierto, y para ello tengo mis motivos muy justificados.

ERN. ¿De veras?

LUIS Como que habéis sido las propias mujeres las que me los habéis dado.

ERN. *(Guaseándose un poco de él.)* ¡No me digas!

LUIS Todas me huís espantadas, y las que llegan a mí fugitivas del bien lo hacen como a la sima del pecado, en que sin voluntad, sin fuerza para resistir vienen a caer. Dijérase que estaba rodeado de todas las atracciones del mal; a veces pienso que soy como las aguas tersas y aceradas de una presa; quien se decide a bañarse en ellas, se hunde en el remolino y se destroza en las turbinas.

ERN. ¡Qué terrible vanidad la tuya! ¡Serías insoportable si no resultases cómico! ¡Quieres fascinarnos, asustarnos con las aguas ds plata de tu molino; pero no cuentas con que si yo pretendiese bañarme en ellas.., daría un rodeo. Me iría detrás de la presa y cuando el agua del río se deslizara suave, podría bañarme sin peligro alguno, para salir luego pura y sin mancha, dejando correr el agua río abajo.

LUIS No te ofenderás si te devuelvo el calificativo: también tú eres una gran vanidosa.

ERN. Y contigo, más.

LUIS ¿Por qué?

ERN. Por ver, si al menos en eso, puedo vencerte.

LUIS ¡Ah! Luego... ¿estamos el uno enfrente del otro?

ERN. Totalmente.

LUIS — Entonces, ¿un avance de cualquiera de los dos puede juntarnos?

ERN. — Claro que sí; pero... ¿vas a ser tú el que avance?...

LUIS — Yo no. ¿Tú, acaso?

ERN. — Tampoco.

LUIS — Es decir, que...

ERN. — ¡Que quién puede preveer el final de este duelo de vanidades!... Y para discreteo ya está bien, ¿no?

LUIS — Por mí... Comprenderás que todo ha sido una broma.

ERN. — Espero que tú lo habrás comprendido así también

LUIS — (¡Esta chiquilla tiene una táctica varonil.!)

ERN. — (¡Este hombre tiene una astucia femenina!) (*Toda la última parte de la escena debe ser dicha cortada y secamente, contrastando la ceremoniosa sonrisa de los labios con la intención puesta en las frases; los interlocutores son dos enemigos que se desean, pero en los que puede más la vanidad que la atracción. Al llegar a este punto de la escena, por derecha, entrau Isabel y María Luisa.*)

ISAB. — Nena, María Luisa quería despedirse de ti.

ERN. — Pero ¿te vas ya?

M. LUI. — Sí, hija; estoy violenta; como Arquímedes es así, tan serio, tan retraído, y no quiso venir... se quedó trabajando sólo, con los niños y las criadas... Vosotras me disculpáis, ¿verdad?

ERN. — Por Dios, mujer; tú eres de casa.

ISAB. — Por eso quisiéramos tenerte siempre con nosotras.

M. LUI. — Muchas gracias por todo; pero no os molestéis en salir. Luis...

LUIS (*Despidiéndose de ella.*) Buenas noches, señora.

M. LUI. Hasta mañana. (*A Isabel y Ernestina.*) Vaya, os empeñáis en tener cumplidos conmigo.

ERN. ¿Cumplidos?... ¿Quiéres callarte?

ISAB. Con su permiso, Luis.

(*Mutis las tres mujeres por izquierda; Luis las ve marchar, mirando muy fijamente a Isabel y a Ernestina; se acerca a la puerta por donde han hecho mutis. Hace un gesto de hombre indeciso, suspira, saca uu cigarro, le enciende y se sienta a fumarle en un butacón. Cuando está distraído viendo subir los espirales del humo, aparece por el foro Santin sonriente, satisfecho y frotándose las manos de gusto.*)

SANT. ¡Admirable! Lo que es una pareja de esas no se casa. He hecho una faena de maestro, oreja, vuelta y cigarros. (*Se dirige, como al principio, a la caja de los habanos, y coge otro par de ellos.*) ¡Nada, que estos habanos en mi boca son un símbolo! «Romeo y Julieta» que cojo por mi cuenta, a los cinco minutos, humo y ceniza... (*Reparando en Luis, al que hasta ahora no había visto.*) ¡Caramba! ¡Tú... y meditando! Oye, ¿estás malo?

LUIS No; ¿por qué?

SANT. Porque, chico, no te concibo huyendo de la gloria de los discreteos para sumirte en la soledad de las meditaciones.

LUIS A lo mejor ya me va cansando la gloria.

SANT. Y ahora te dedicas a la conquista de la soledad, ¿no?... Vamos, que no vas a dejar una.

LUIS Estás de buen humor. Se conoce que Flor de Lis te lleva el carácter.

SANT. ¿Cómo que me lleva? Más: me lleva y me

trae. Pero no hablemos de eso, porque tendría que reprocharte, y tú para mí eres intangible.

LUIS ¿Te molestó la broma?

SANT. Un leve cosquilleo a flor de piel. Ahora, que te suplico que no insistas, porque a estas mujeres de cierta edad los desengaños las sientan peor que los baños de mar, y ya conoces el refrán...

LUIS Sí; de los cuarenta para arriba...

SANT. Justo; «ten la bondad de no remojarte el abdómen». Además, que resulta muy peligroso jugar con fuego: a lo mejor, uno inflama en deseos un pecho femenino, y cuando le ha inflamado no tiene valor para hacer que actúen los bomberos del desvío. Hay que tener en cuenta que todos no somos Luises Almodóvar.

LUIS Querrás hacerme creer que soy único.

SANT. Tanto como eso, no; pero que podías llevar muy bien un tatuaje con las palabras «marca registrada», no te quepa duda.

LUIS ¿Y si yo te dijera que hay momentos en que ya me canso de mentir?

SANT. ¿Cómo de mentir? ¿Pero es que eres un sentimental disfrazado de escéptico? No me lo digas, porque sería terrible mi decepción suponerte un apostol y encontrarme con que eras un vulgar vendedor de específicos amorosos.

LUIS ¿Y si lo fuera?... ¿Y si estuviese en un momento de mi vida en que sintiese como nunca la imperiosa necesidad de no fingir más?

SANT. Pero, ¿qué es lo que estás diciendo?

LUIS ¡Ay, Santín!... No me conoces; no me conoces.

SANT. ¿A qué viene esa lamentación de Martes de Carnaval?

LUIS Oyeme: ¿tú has querido alguna vez?

SANT. ¿Qué dices, insensato? ¡Nunca!

LUIS Lo comprendo; tienes seco el corazón.

SANT. Afortunadamente: seco es el Champagne y cuanto más seco, mejor: más embriagador y más sabroso; seco el tabaco turco que nos deleita, nos perfuma, y nos transporta; seco el sol, ardoroso, agotador, enervante; seca la tierra producto que absorve y desea la caricia de las nubes, y seco el corazón que no vibra ni se afecta, por el que resbalan lo bueno y lo malo. ¡Ah! Yo no comprendo la humedad de las lágrimas, ni siquiera la de la lluvia; soy reumático por dentro y por fuera.

LUIS Todo eso, como humorismo puede pasar.

SANT. ¡Ah! ¿Luego insistes en hablarme seriamente?

LUIS Tan en serio como quiero que me contestes ahora a esta pregunta: ¿de verdad no has querido nunca?

SANT. De verdad.

LUIS Yo, sí.

SANT. ¿Tú?

LUIS Escucha una leve confidencia que olvidarás apenas conocida. Yo tenía...

SANT. Agarra el hilo desde lo más cerca posible.

LUIS Sucedió esto hace varios años; no nos conocíamos tú y yo. Fué una mujer... ¡toda una mujer!... Mas altiva que yo, más orgullosa que yo, con más corazón que yo; me gustaba a rabiar, me traía loco.. ¡y me venció!

SANT. ¡Infeliz! ¿Estás casado?

LUIS ¡Ojalá!

SANT. ¿Entonces?

LUIS — Ya lo has oído: me venció. Fué una pugna de amor propio en la que, gustándonos los dos, los dos hubimos de callar por orgullo, y ese orgullo nos derrotó. Ella se caso, fué y es desgraciada... ¡una verdadera tragedia sentimental!

SANT. — En cambio, tú, vives tan feliz en tu libertad magnífica, ¡menudo favor te hizo!

LUIS — ¡Quizás!... Acaso tengas razón; fracasé en aquello, porque puse entera mi alma, pero desde entonces odio a las mujeres, gozo con engañarlas, me embriago en su dolor. ¡Si yo te dijera que en parte es falsa mi leyenda!

SANT. — ¿Eh?

LUIS — Las tiendo mis telas de araña, las envuelvo, las asfixio, y luego, no me molesto en recolectar el fruto; cuando llega el instante, me acuerdo de aquella otra, y, no sé si es remordimiento o desvío, las dejo ir doloridas y fracasadas.

SANT. — ¡Chico! ¡Me dejas para que me sirvan con barquillos!... Bueno, ¿y puede saberse qué acontecimiento ha surgido de repente en tu vida para hacerte variar de un modo tan radical?

LUIS — Que he vuelto a tropezar con otra mujer.

SANT. — ¡No me digas más!.. ¿Ernestina?...

LUIS — ¡Ernestina!... Tan altiva como aquella, tan orgullosa como aquella... con tanto corazón como aquella.

SANT. — Y tú, incauto pajaruelo eres el que esta mañana me decía gozoso y risueño: «No temas, Santín; las solteras son la ducha fría que sobrecoge y asusta; las casadas, por el contrario, son el baño tibio y placentero que acaricia y recrea; y yo... créeme, estoy por la suavidad del baño en pila, mejor qué

por los sustos de la ducha» ¿Tú?... ¿tú eres el que me decía eso? ¡Ca, hombre! tú eres un infeliz que no se baña ni en las aguas termales de un balneario.

LUIS (*Luego de una leve lucha interior.*) ¡Ea!... Tienes razón: hay que ser fuerte, hay que seguir hasta el final sin desmayar... hay que vengar en éstas el orgullo de aquella.. Además, que...

SANT. ¿Qué?

LUIS No, no: nada. Eso ya sería decirte demasiado. Bástete saber que soy el mismo de siempre «¡La golondrina seguirá siendo un pájaro libre.!»

SANT. ¡Bravo!... ¡Así quiero verte! ¡Seco el champagne y seco el corazón! Te reconozco de nuevo.

LUIS ¡Guerra a la mujer!

SANT. ¡Pero guerra sin cuartel! Con ametralladoras, con aviones, con gases asfixiantes y sin hospital de sangre.

LUIS Pues a la lucha.

SANT. Aguarda un momento. (*Saca las mandarinas del bolsillo del Smoking.*) Vamos ya.

LUIS Pero... ¿eso qué es?

SANT. Nada, que yo, por si me encuentro con Flor de Lis, llevo preparada la artillería gruesa. (*Mutis los dos por el foro. Por donde hicieron mutis anteriormente, Ernestina e Isabel.*)

ISAB. Tiene razón María Luisa, nena; debías tomar algo para esos nervios; esta noche, sobre todo, estás incapaz.

ERN. Me dices incapaz por no decirme loca otra vez, ¿verdad?

ISAB. Vamos, mujer; no vuelvas con tus mimos de chiquilla mal criada; demasiado sabes tú por qué te lo digo.

ERN. Claro que lo sé; naturalmente que lo sé; porque te ha molestado extraordinariamente mi actitud seria con Luis Almodóvar.

ISAB. Una cosa es la seriedad, Ernestina, y otra muy distinta la violencia.

ERN. Mucho es que no has dicho la grosería.

ISAB. ¡Ea!... pues si quieres que lo diga, ya está dicho también. ¡Vaya con la niña!

ERN. ¡Cualquiera diría que te duele en lo más hondo que se desprecie a ese botarate!

ISAB. ¿Eh?... ¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho?... O mejor, ¿qué has querido decir?... Eres una chiquilla loca que va empezando a insolentarse, y a la que es necesario cortar los vuelos. Si no mirase la intención antes que las palabras era para...

ERN. No, si acabarás pegándome... si el final será que ese idiota es el hombre más simpático de la tierra, y yo, la niña más imprudente del Universo. ¡Dios mío!... ¿Por qué has traído aquí a ese tipo?... (*Y con una extraña mezcla de comicidad y sentimiento, rompe a llorar silenciosamente, sin hipos, sin violencias.*)

ISAB. ¡Vaya! Ya sabía yo que la tormenta acabaría en lluvia. Vamos, vamos, no seas criatura ni seas arisca; déjame que te acaricie. Un beso en la frente, como cuando eras pequeña, las lágrimas que se secan, los ojos que quedan más bonitos que antes, como el cielo después de un chubasco de verano, y Ernestina que se va muy contenta a charlar con sus amiguitas que la esperan en la terraza. ¿No?

ERN. (*Con mimo.*) Pero, ¿no volverás a llamarme loca por ese antipático?

ISAB. ¿Quién se acuerda ya de eso, mujer?... Otro

beso más, y como si no hubiera pasado nada.

ERN. ¿No me guardas rencor por mi insolencia?

ISAB. ¿Rencor yo?... (*Susplra hondamente y, pasándose la mano por los ojos, empuja suavemente a Ernestina hacia el foro.*) Anda, anda chiquilla... anda, que te estarán echando de menos.

ERN. (*Volviéndose desde el centro de la escena va a su hermana y la besa fuertemente. Luego echa a correr, y parandose la dice):* ¡Adiós, hermana!... ¡No! ¡Adiós, madrecita! (*Hace mutis por el foro, cruzándose con Luis que llega; le mira de arriba abajo y se marcha corriendo entre una carcajada que es un trino de pájaro loco.*)

LUIS ¿Qué le pasa a Ernestina, Isabel?

ISAB. Nervios, Luis, muchos nervios; usted sabrá disculparla.

LUIS ¡Por Dios!... No hay nada que disculpar: es una criatura encantadora.

ISAB. ¿Usted lo cree así?

LUIS Se lo aseguro: no sé qué tiene esa chiquilla, qué es lo que me recuerda, qué trae a mi espíritu. Parece que fuese como el espejo de otras horas de mi vida: me presenta imágenes lejanas y adorables.

ISAB. (*Que se siente sacudida por un leve temblor.*) ¿Quiére usted que vayamos en su busca, Luis?... (*Tratando de cortar la escena.*)

LUIS Un momento, Isabel.

ISAB. (*Temerosa.*) ¿Qué?...

LUIS ¿Por qué quiere usted irse?: aguardemos aquí. Ellos son la inexperiencia, y nosotros la sensatez.

ISAB. Es la primera vez que le oigo hablar en serio.

LUIS — La gente me calumnia: he sido, como todos, un vendaval deshecho en otras épocas de mi vida; ahora, no; puede usted asegurarlo. Y aquí, junto a usted, muy tranquilos y muy serenos los dos, dejaría que pasasen las horas, y los días, y los años... (*Aproximándose a ella.*) Pero me gustaría que hablásemos en voz muy baja: lo que yo le diría a usted, ya lo adivina; lo que usted me respondiese, acaso no rimaría con el momento ni con la verdad. Diría usted unas cosas con los labios y otras con la vibración de toda su carne.

ISAB. — (*Levantándose rápida y enrojecida.*) Caballero...

LUIS — (*Recapacitando.*) Perdón, Isabel... Crea en la sinceridad de mi arrepentimiento... Quédese, se lo ruego, quédese y procure serenarse.

ISAB. — Tiene usted razón. Perdóneme la violencia. Creo que me ha hablado usted con sinceridad.

LUIS — Con toda la sinceridad, Isabel.

ISAB. — Lo reconozco, lo comprendo; usted es bueno.

LUIS — (*Con la alegría del que nunca se oyó aplicarese calificativo.*) ¿Lo cree usted así?

ISAB. — Ya lo he contesado.

LUIS — (*Esperanzado.*) Entonces...

ISAB. — Ha pasado el momento. Ya puede usted decirme cuanto quiera. Deje usted pasar horas, días, años... El tiempo que esté usted conmigo dejará tranquilos otros corazones femeninos.

ISAB. — ¿Ironía?

LUIS — Suposición, nada más. (*Transición.*)

ISAB. — ¿Cuántas novias tiene usted?

LUIS — Todas las que quieran ustedes adjudicarme.

ISAB. — ¿De verdad?

LUIS De verdad, ninguna.

ISAB. ¿Le gusta a usted mi hermana Ernestina?

LUIS Mucho.

ISAB. ¿Se casaría usted con ella?

LUIS Sí. (*Silencio prolongado. Isabel queda muda largo rato, como ensimismada.*) ¡Isabel!... ¿qué le ocurre?... Está usted pálida. ¿Qué le sucede?

ISAB. Nada, por Dios... (*Riéndo.*)

LUIS Es inútil disimular, es inútil fingir. Gracias, Isabel, muchas gracias.

ISAB. Es usted incomprensible. ¿Es usted una buena persona o es usted un monstruo?

LUIS Soy como fuí siempre, como era entonces.

ISAB. Calle, Luis. ¿Por que esa emoción si no es cierta...? ¿Quiere usted que sea yo una nueva víctima? Hablemos claro.

LUIS Pues bien; hablemos claro, Isabel. Desde que tu orgullo truncó mi vida para siempre, no nos hemos vuelto a ver hasta hace pocos días. Tú, casada, sin felicidad en tu matrimonio; yo, libertino, un don Juan escandaloso, con una historia llena de ignominias. Los dos seguimos siendo los de hace años, los dos sufrimos el mismo dolor. ¿Por qué no terminar de una vez para siempre?

ISAB. Sí; eso, eso; terminemos.

LUIS ¡Pero juntos!

ISAB. ¡No!... ¡Eso no, no!..,

LUIS Aquí es imposible que hablemos; mañana, en «La Golondrina»... a las seis...

ISAB. No, no...

LUIS Sí; lo quiero... lo mando... lo suplico... (*Isabel vacila, duda; por fin, resistiéndose aun débilmente, habia:*)

ISAB. ¿Y después?... ¿Qué sucederá después?...

(Por el foro ha aparecido Ernestina y oye el final de la escena, haciéndo mutís tapándose la cara con las manos.)

LUIS ¡Quién sabe! A lo mejor el «yacth» tiene encendidas las calderas, a lo mejor una orden equivocada pone en marcha el barco... A lo mejor, en lo ancho del mar se abre el camino de felicidad que tu y yo anhelamos. ¿Vendrás?

ISAB. ¿Qué voy a hacer?... Iré... iré...

(Por derecha Flor de Lis y Santín.)

FLOR Isabel... Luis... las chicas les reclaman: ¡ay! No saben ustedes en qué compromiso acaban de ponerme.

ISAB. Jesús, qué sofocada vienes.

FLOR ¿Qué quieres hija?... ¡Cosas de este Santín, que tiene cada ocurrencia que le sube el pavo a un mozo de escuadra!

SANT. No hagan ustedes caso, ¿eh?... porque antes he querido subirla el pavo y ella me ha alzado el gallo...

LUIS Pero bueno... ¿en qué compromiso le han puesto a usted?... Cuéntenos...

FLOR Casi nada, que ese Toto, que es el mismísimo demonio, se ha empeñado en que Santín y yo hemos de bailar una pieza.

ISAB. ¿Y qué?

SANT. Nada, que yo la bailo.

LUIS ¿Y tú eras el que había declarado a las mujeres guerra sin cuartel, y ahora hasta bailas con ellas?

SANT. Claro, pero es que con lo que yo voy bailar puedo seguir en la guerra.

LUIS ¿Qué?

SANT. ¡Lanceros!

FLOR Vamos, vengan... vengan,

(Y hacen mutis con Santín por donde han entrado. Isapel apaga la luz central; Luis

se aproxima a ella y la toma del brazo.)

LUIS *(Iniciando el mutis por derecha.)* A lo mejor, en lo ancho del mar se abre el camino que tú y yo anhelábamos...

(Mutis. Ernestina aparece por el foro descompuesta, llorando rabiosa y desolada. Coge un cuadernito de encima de una mesita, escribe nerviosamente en una de sus hojas, la arranca y se la guarda en el pecho.)

ERN. ¡No! ¡No, Luis! ¡Mi hermana es una mujer honrada!... ¡Y yo te quiero a tí!... ¡No!... Yo soy una loca; sí, tenéis razón todos, por eso, por que soy una loca, voy a arreglar todo esto... ¡a lo loco!..

(Hace mutis por izquierda, corriendo, tropezando con los muebles como si estuviese realmente enloquecida. Dentro se oye una pieza moderna ejecutada en el piano. Cae el telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

A bordo de «La Golondrina». La escena representa el interior de una cámara del «yath;» puerta al foro, por la que se ve la borda del barco y perspectiva de cielo; otra a la izquierda, que comunica con los restantes camarotes y dependencias. Mucho gusto y mucha originalidad en la ornamentación escénica; no se olvide que «La Golondrina» acaba de dar la vuelta al mundo, lo que permite que en la cámara que se presenta a los ojos del espectador, tengan cabida los estilos más opuestos, con tal de que se hallen salvaguardados por la belleza o por el arte.

—

(Al levantarse el telón hállanse en escena LUIS y SANTIN; aquél prepara el camarote con toda coquetería para el momento de su cita con ISABEL; SANTIN, de rodillas en el suelo, trata en vano de colocar artísticamente unas flores en un ánfora del más puro estilo clásico.)

LUIS (*Que acaba de colocar una tela de vistosos colores sobre una «chaisselongue»*.) ¡Ajajá!... ¿Quién había de decirme, cuando compré esta tela en Calcuta, que serviría para añadir nuevos encantos a una cita de amor?

SANT. ¿Y quién había de decirme a mí, cuando compraste este cacharro en Atenas, que iba a tener la virtud de ponerme nervioso con la colocación en él de una docena de flores?

LUIS Porque eres de lo más torpe que he conocido.

SANT. Porque esto es dificilísimo, hombre; tú me

das a mí las flores para que yo las esparza por el camarote, y te dejo esto que es la Rosaleda del Retiro; pero me las das con el encargo de que te las coloque artísticamente en este ánfora, y ya lo ves, hago el ridículo.

LUIS — Insiste, insiste, que tú en el fondo eres un artista. (*Sentándose.*) ¡Ah!..., ¿quieres creer que estoy cansado?

SANT. — No lo dudo, porque yo estoy rendido. ¡Bueno! Y se acabó la tarea; si está bien así, me alegro, y si no, telegrafías al «Tulipán verde» y que te manden una dependienta, porque yo no sé hacer más.

LUIS — ¿Qué hablas?... Si eso es una preciosidad. ¡Cuando yo te decía que eras un artista!... (*Coloca las flores sobre el mueble que estime oportuno la dirección escénica.*)

SANT. — (*A Luis, que ha encendido un cigarrillo turco y fuma voluptuosamente.*) Pero hombre, por Dios, no fumes, que vas a poner esto imposible de olor...

LUIS — Si para eso lo hago precisamente; ¿tú concibes una cita amorosa de buen tono sin que el nido huela a opio y a rosas?

SANT. — Chico, eres un sibarita.

LUIS — Me querrás hacer creer que tú no has cuidado estos detalles en tus entrevistas galantes.

SANT. — Te lo juro; sólo una vez se me ocurrió rociar un sofá con «pachulí», y si me descuido, me cuesta un disgusto gordo.

LUIS — ¿Por qué?

SANT. — Porque se lo olió el marido de la dama en cuestión, y desde entonces decidí que mis citas femeninas fueran como el agua: sin olor, ni color; porque el color, también, a veces trae disgustos, sobre todo si es rojo y de los labios...

LUIS Eres tan pintoresco como divertido... Oye, ¿qué hora tienes?

SANT. Las seis menos veinte; todavía faltan veinte minutos; tienes tiempo de inventar una nueva diablura con que sorprender a tu conquista.

LUIS (*Que se ha tumbado indolentemente en la «chaisselongue».*) Ahora estará en el tennis .., luego irá al Victoria-Palace... a bailar...

SANT. Pero.. ¿de quién estás hablando?

LUIS (*Con un suspiro.*) ¡De Ernestina!

SANT. Ay..., ay..., ay..., ay... Tú no estás bien de la cabeza. ¿De manera que tienes citada aquí a Isabel, y te estás acordando de su hermana?

LUIS ¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

SANT. Si has citado a Isabel con ilusión, lo lógico es que pienses en ella... Y si piensas en Ernestina...

LUIS Pues sí, Santín, sí; pienso ahora sólo en Ernestina; no olvides lo que ya en alguna otra ocasión te he dicho: cuando llega el instante, me acuerdo de la otra, y las dejo ir, doloridas y fracasadas... No sé, no sé. Me repugna pensar en Isabel, adúltera. Soy español y celoso. Ella es de su marido, y sus caricias serían robadas al otro. No serían mías sólo.

SANT. Es decir, que Isabel..., ya no te ilusiona.

LUIS No sé, no sé... Creo que ya empieza a pesarme el haberla citado aquí. Ernestina es como ella..., ¡y no ha sido de nadie!

SANT. ¿Hubiera sido preferible citar a Ernestina, no? Una muchacha soltera, que luego, como es natural, había de tener sus pretensiones.

LUIS Dejemos eso a un lado, te lo suplico; y ya

que hablas de mujeres y solteras..., ¿cómo va tu idilio con Flor de Lis?

SANT. ¡No me la recuerdes, chico! Me obligó anoche a jurarla que miraría a la Osa mayor a las dos menos diez de la madrugada.

LUIS ¿Y tú?

SANT. Se lo juré, y lo que es peor, a las dos menos cuarto ya estaba con los ojos fijos en la Osa.

LUIS ¡Tiene gracia!

SANT. Pues a mí maldita la que me hace; como que si hoy estoy contento es porque sin salir de aquí en todo el día, no hay forma de que nos veamos; pero no te creas que por eso me deja en paz, que esta mañana ya he tenido una carta suya.

LUIS ¡Ah, sí! ¿Y qué te dice?

SANT. Que esta noche, a las doce y media, mire al caminito de Santiago; fíjate... (*Leyendo en un papel que saca del bolsillo.*) «A las doce y media acuérdese usted del refrán, amigo Santín: «arrieritos *semos* y en el caminito nos encontraremos».

LUIS Vamos, que la ha tomado con el firmamento.

SANT. ¡Cuando yo decía que esa mujer me iba a hacer ver las estrellas!

LUIS ¡Y pensar que después de esas palabras, a las doce y media estarás mirando al cielo!

SANT. Pero Señor..., ¿por qué no se nublará esta noche?

(*Por el foro, un Criado, vestido de marinero, que habla desde la puerta.*)

CRIADO Con permiso de los señores...

LUIS ¿Qué ocurre?

CRIADO Debo advertir a los señores que al costado del «yath» acaba de atracar un bote.

LUIS (*Rápido pónese en pie de un salto.*) ¡Ella!

SANT. ¿Ya?

LUIS Es una señora sola, ¿verdad?

CRIADO No puedo precisar; pero me atrevería a asegurar al señor que en el bote vienen varias personas.

LUIS ¿Eh?

SANT. Mira que si fuesen unos pelmazos...

LUIS No tendría ninguna gracia, te lo aseguro.

ERN. (*Dentro.*) Por aquí, por aquí...; venid por aquí, que ya daremos con ellos.

LUIS ¡Es la voz de Ernestina!

SANT. Así parece.

LUIS ¡Qué complicacion más inesperada!

(*Se oyen nuevamente dentro risas y rumores; a punto de que Luis y Santín van a salir, aparece por la puertecilla del foro Ernestina, seguida de Flor de Lis, Petrita, Fifina y Cachita. A una indicación de Luis, el Criado hace mutis.*)

ERN. ¡Dios salve a los intrépidos marinos!

SANT. (¡Lo veo muy difícil!)

LUIS Pero, chiquillas, ¿esto, qué significa?... ¿Cómo vosotras aquí?... Explicadme.

FLOR Acaso este abordaje piratero les parezca a ustedes una locura que sólo los pocos años pueden disculpar; pero crean que ha sido un impulso tan inocente como expontáneo el que nos ha empujado a venir.

PETR. Estábamos jugando en el jardín del hotel de María Luisa, cuando de repente dice Ernestina: «¿Os atreveríais a que nos fuésemos a «La Golondrina» para sorprender a Luis y a Santín, y que nos convidasen a una taza de té?»

FLOR Como, según dicen, lo tienen ustedes legítimo de la China... (*Con intención esta frase, que es coreada por la sonrisa de todas y una pícara tosecita de alguna que otra.*)

FIFI — Y dicho y hecho; salimos corriendo sin decirle nada a nadie, llegamos al puerto...

CACH. — Ajustamos un bote, saltamos a su interior...

FLOR — Y, boga que te boga, en diez minutos hétenos aquí.

ERN. — Conque, ¿qué os parece la audacia de estas argonautas femeninas?

LUIS — (*Desmintiendo con el gesto lo que dice con la voz.*) Muy bien..., ¿verdad, Santín?

SANT. — Admirablemente, ya lo creo.

ERN. — No me hagáis sospechar que os ha disgustado nuestra llegada, porque entonces...

SANT. — (*A Luis, aparte.*) Dilas que sí, a ver si así se marchan.

ERN. — Porque entonces nos convidamos aquí a comer. (*Todas corean con una franca carcajada esta salida.*) ¡Ea!... Y no os quedéis tan parados ni tan sosos; haced los honores del barco... Como comprenderéis. hemos venido a verlo todo; ¡nos han contado tantas cosas de «La Golondrina»!... Y si no, no os mováis; es mejor. Nosotras mismas visitaremos desde el sollado hasta el palo de mesana... ¡El que no se arriesga, no pasa la mar!... Seguidme, compañeras, y siempre adelante... (*Entre risas y alegría hacen mutis por la puertecilla de la izquierda todas, menos Flor de Lis, que, sin que nadie lo notara, ha ido a sentarse en lugar conveniente del fondo de la escena.*)

LUIS — (*A Santín que le mira asombrado.*) Ve con ellas, Santín; no las dejes solas; son unas locas y no pueden hacer más que locuras.

SANT. — (*Saliendo deprisa por izpuierda.*) ¡Eh, niñas! ¡Niñas!... ¡que hay perros! Si ahora se hundiera el barco, qué felicidad. Porque esa mujer ne debe saber nadar... (*Mutis por el primer término indicado.*)

LUIS ¡Qné contrariedad! ¡Y qué fastidio! (*Se vuelve con ánimo de hacer mutis por el foro, y entonces se fija en Flor de Lis, quedando asombrado del encuentro.*) ¿Eh?... ¿Usted aquí sola? ¿Cómo no ha ido con todas sus amigas?

FLOR. Perdón, amigo Luis; de sobra sé que esto es una osadía incalificable, pero a su caballerosidad me confío.

LUIS Hable, hable sin miedo.

FLOR. No se deje llevar del corazón, Luis, se lo suplico; yo sé lo que es un hombre enamorado... pero por Dios, le ruego que ahora se olvide del sentimiento que le domina... y me respete como lo que soy, como una señorita, irreflexiva, alocadilla si usted quiere, que estos y otros son atributos propios de la juventud, pero de una dignidad que no puedo olvidar que mi abuelo murió en Cavite y que papá perteneció al noble cuerpo de los Milicianos nacionales.

LUIS Señorita, por Dios, serénese, tranquilícese ya la escucho.

FLOR. (*Que se ha sentado los más lejos posible de Luis.*) Yo quisiera que usted me comprendiese con pocas palabras, a ser posible con un laconismo telegráfico; mi deseo es evitar la tragedia, mejor dicho, las dos tragedias; porque son dos las que pueden tener lugar si usted no coloca la cabeza sobre el corazón, aunque no se me oculta que cuando un hombre por culpa del corazón pierde la cabeza, no sabe donde poner la cabeza ni dónde poner el corazón.

LUIS (Esta mujer debe tener el secreto de la estraña visita.) (*Se acerca mas a Flor de Lis*) Hable usted, Flor, pronto. Sus palabras me tienen sobre un volcán de impaciencias.

FLOR. No se aproxime, Luis; estamoc solos, el hombre es fuego, la mujer estopa y usted acaba de confesar que está sobre un volcán. Además, viéndonos tan cerca, sabe Dios lo que pudiera pensar la marinería.

LUIS Bien; pues a la distancia que usted quiera, no deje pasar ni un momento más sin decirme a qué ha venido.

FLOR. Lo sé todo, Luis. *(Con un cómico rubor que dé al público la medida de la situación, pero que permita a Luis aceptar la posibilidad del equívoco.)*

LUIS ¿Todo?

FLOR. Absolutamente, y, aunque ello me cueste una violencia extraordinaria, tengo que decirle de una manera terminante, que eso no puede ser, que no debe usted alimentar ninguna esperanza...

LUIS ¡Oh, no! De ninguna manera... Eso, ¿por qué?

ELOR. No es desprecio, Luis. Acaso si usted hubiera llegado antes...

LUIS Pero sabiéndolo todo, ¿ignora usted que esta pasión mía, tuvo su origen hace muchos años?

FLOR. (¡Santo Dios!... ¿por qué me has tenido en la higuera, como se dice vulgarmente?) Sin embargo, usted debe comprender que estando ya comprometida con otro...

LUIS Si ese es precisamente el mayor incentivo de mi pasión, porque si ese otro hombre fuese digno de que se le respetase, si la respetara él mismo no haciéndola de menos con otras mujeres, lo comprendería; pero cuando la tiene abandonada, cuando la engaña, no tiene justificación posible ese escrúpulo ni ese temor.

FLOR. ¡Ah! ¿pero usted cree que Santín?...

LUIS ¿Cómo Santín?

FLOR. Sí, Luis, sí: el otro es Santín.

LUIS Pero no, si eso es imposible.

FLOR. Como se lo aseguro: ¿no le ha visto usted anoche a las dos menos diez mirando a la Osa mayor?

LUIS ¿Eh?

FLOR. Pues ese es nuestro medio de comunicación nocturna; cada noche pelamos mentalmente la pava cn una constelación; anoche nos tocó pelar la pava en la Osa.

LUIS (Pero, ¿qué lío espantoso ha armado esta solterona?..) Es decir, que entonces usted me estaba hablando...

FLOR. Con el corazón en la mano. Ahora que, con lo que usted acaba de decirme, con esa eclosión expontánea de su alma inflamada por el amor, entre él y yo todo ha terminado, ¡todo!

LUIS No, Flor, escúcheme...

FLOR. ¿Para qué? Bastante me ha dicho ya: que no me respeta, que me engaña, que me hace de menos con otras mujeres...

LUIS La advierto que...

FLOR. Comprendo que ahora trate de quitar retama a la hoguera, pero ya es tarde; le diré lo que cumple al caso y despues de guardarle un prudente luto moral, veré si me decido a aceptar su cariño, Luis; queda usted en turno.

LUIS Es que yo...

FLOR. Nada; ni una palabra, ni un reproche ni una justificación; allá tras de las aguas procelosas, el silencio; aquí, en medio del Oceano, el silencio también. Se lo suplico: nada en la tierra, nada en el mar.

LUIS (*Deseando terminar la violenta situación.*) Se cumplirá su deseo, Flor de Lis.

FLOR. Y gracias por su buena intención; muchas

gracias. Ahora permítame que vaya en busca del que ha destrozado mi corazón lo menos para mes y medio; le encuentre donde le encuentre, le arrojaré a la cara mi desprecio.

LUIS — Seguramente le hallará usted en la bodega, obsequiando a las muchachas con una copa de N. P. U.

FLOR. — ¡Vea usted que paradójico contraste el de ese hombre! Para las demás N. P. U., y para mí, R. I. P. (*Le hace una reverencia. y mutis por izquierda.*)

LUIS — ¡Por esta maldita vieja he estado a punto de descubrirlo todo como un colegial!... Y a buen seguro que este lío ridículo es obra del propio Santín, que Dios confunda; ¡si no fuera por lo que es!... Pero imposible, no puedo entretenerme, acaban de dar las seis y esa mujer estará al llegar: corro a prevenir una posible sorpresa. (*Va muy decidido a salir por el foro, cuando en la puerta qne hay en él, aparece, cubriéndola con su cuerpo. e impidiendo, por lo tanto, la salida, Ernestina.*)

ERN. — (*En tono humoristico, no exento de nerviosidad.*) ¡Quieto señor mío! ¡Es usted mi prisionero!

LUIS — ¿Aún persiste la broma?

ERN. — (*Todavía en el dintel de la puerta.*) Ernestina está loca, y como a los locos hay que darles siempre la razón, y como además Ernestina es una señorita y en ti hay que suponer un caballero, no hallo otra solución que soportar a Ernestina, ¿verdad?

LUIS — (*Vencido por el aplomo, por la seguridad de la muchacha que con las últimas frases se ha adentrado ya en la cámara.*) Bien.

Soportaremos a Ernestina, si no encuentras otra solución mejor.

ERN. ¡Irme del «yath»!. ¿Esta es la solución a que has querido aludir? Pues no la acepto: tú eres hospitalario y galante: ya hemos supuesto que se trata de un caballero...

LUIS ¿Vienes con el simple propósito de decirme cosas desagradables o a qué vienes?... Sobre todo, ésto; ¿a qué vienes, Ernestina?

ERN. *(Con una equívoca sonrisa, que tanto puede traducirse por irónica como por compasiva.)* ¿No lo sabes? ¿No te lo figuras a lo menos? ¿No te lo he dicho yo misma a nuestra entrada?... Me ha traído aquí la curiosidad, y supongo que no has de ser tan cruel que me dejes con las ganas de ver por mis propios ojos los misterios de este barco. *(Comenzando a curiosearlo todo, impertinente y risueña.)*

LUIS Habré de fingir que te creo. *(Se sienta pacientemente en conveniente lugar de la escena.)* No te parecerá descortesía que no te acompañe en la visita y que me siente a aguardar con resignación...

ERN. ¡Ca, no te apures por eso! *(Curioseando.)* ¡Qué bonito muñeco!... ¡Qué hermosa mujer!... ¡Y qué lindas flores! *(Volviéndose.)* ¿Sabes, Luis, que tienes este camarote preparado como para una cita de amor?... *(A Luis le produce esta frase el mismo efecto de una descarga eléctrica; va a responder, creyendo que aquél es el principio del fin, cuando Ernestina, quitando con palabra y gesto toda la importancia a lo que ha dicho, se aproxima a él, despistándole de nuevo.)* Quítate de aquí, ¿quieres?... Voy a admirar a mi gusto este rinconcito.

LUIS *(No sabiendo si indignarse o resignarse, se*

levanta, obedeciendo.) Si prefieres que te deje sola y me vaya a cubierta...

ERN. (*Rápida, enérgica, descubriéndose ya en parte.*) ¡No! ¡Eso no!... quédate aquí. (*Pequeña pausa.*) Tú tienes una terrible duda, la de que no sabes qué pensar de mi actitud. ¿Soy en verdad una loca?... ¿Tengo más sentido del que parece?

LUIS Si has de continuar por ese camino, sigue saciando tu curiosidad en el barco. ¿O es que también quieres entrar dentro de mí para enterarte de lo más íntimo de mis sentimientos y de mis ideas?... Sería demasiado; eso no he querido yo hacerlo conmigo mismo, ¿cómo quieres que franquee a nadie el puente levadizo de mi torre de marfil?... ¿No comprendes que acaso viese con terror que dentro de mí, había monstruos despedazándose?... ¿No te das cuenta de que, a lo mejor, en mi pecho hay un terrible fuego que todo lo devora, y que si entra el aire exterior pueden salir las llamas y destruirse del todo mi castillo encantado?...

ERN. (*Perdiendo aún más que antes la tranquilidad; avanzando en el camino de la verdad todo lo que retrocede en el del engaño.*) ¡Todo eso es mentira!... Palabras que son mentiras... Actitudes que son falsas...

LUIS ¡Ernestina! (*Asombrado de la respuesta que acaban de tener sus palabras.*)

ERN. Sólo una verdad has dicho. Monstruos, sí: monstruos tienes dentro de tu alma, pero salen fuera de ti y hay que exterminarlos.

LUIS (*Ya no como asombro, sino como reproche, como reconvención un poco enérgica*): ¡Ernestina! (*Excitada por su lucha interior, quizás un poco rabiosa, Ernestina se ha vuelto de espaldas a Luis y se limpia en*

silencio unas lágrimas; él, que lo advierte corre a su lado, y afectuosamente la interroga.) ¿Estás llorando?... ¿Y por qué?

ERN. (*Separándose con violencia.*) ¡No me toques!... ¡Aparta!...

LUIS (*Ensimismado, ábrumado por la duda que los diversos matices del carácter de ella hace nacer en su alma.*) ¿Qué es esto?... ¿Un ataque de locura?... ¿Un tesoro de bondad?... ¿Algo más profundo y más grande?... (*Reaccionando y a Ernestina.*) Vete, Ernestina, vete. Suponte que estamos al borde de un precipicio donde me llevan mis extravagancias, o mis dolores, o mis anhelos... Suponte que veo el peligro y por eso te mando apartarte de él. ¡Vete!

ERN. ¿Me echas?

LUIS No. Te pido simplemente que te vayas. Me estás colocando en la situación más extraordinaria de mi vida.

ERN. (*Cara a cara: con toda franqueza ya.*) ¡Y tú a mí, también!

LUIS (*Afrontando resueltamente la situación y diciendo la frase con energía, pero sin violencia.*) ¡Habla de una vez!

ERN. Sí, tienes razón; es preciso. A lo mejor confundes un amor con otro amor; puede que tu vanidad pueril y ridícula me crea celosa... ¡Celosa!... No, Luis, no. Tú sospechas que lo sé todo, acaso estás creyendo que he venido a hacer una horrenda traición y sientes la voluptuosidad de un doble juego; rendir a la casada y aprovechar los supuestos celos de la soltera. ¡Bonita aventura para una novela! Hablemos claro, Luis; yo no sé si mi hermana, vendrá o no a la cita; pero antes llegó Ernestina, para detenerla,

para evitar que caiga en los brazos de un salteador de corazones.

LUIS (*Con infinita amargura, insospechada para ella.*) ¡Qué equivocada estás!... Yo también voy a hablarte claro.

ERN. Lo exijo.

LUIS Te complazco. Me desconoces en absoluto, me crees un vulgar aventurero amoroso, y no sospechas que toda mi historia es oropel y engaño; porque en mi corazón no hay más que un nombre de mujer que destroza mi vida. Ignoras que un orgullo mal entendido, una independencia de carácter, verdaderamente salvaje, unas consideraciones absurdas han detenido mi palabra cuando iba a brotar ansiosa...

ERN. (*Que confusamente cree adivinar que aquél nombre es el suyo; pero se resiste a dar paso a esta idea.*) No creo, no creo...

LUIS (*Más íntimo, más acariciador, aproximándose a Ernestina.*) Sí, cree... cree... Es una mujer hermosa, una mujer buena, pero altiva, irreductible. Yo la quiero como nunca quise, como nunca podré volver a querer... Ella lo es todo para mí; hablo claro, Ernestina. Por rendir su altivez he empleado todos los subterfugios, todos los desdenes; he mentido amor a muchas mujeres... Ella sabe que yo la quiero... (*Con absoluta seguridad y mirando a los ojos a Ernestina.*) y ella me quiere también...

ERN. (*Que huye confusa al otro extremo de la escena.*) Yo no... yo no... (*Aparte.*)

LUIS ¿Por qué no has de dejarme que sea feliz?

ERN. (*A punto de declararse ya vencida.*) ¿Hablas de verdad, Luis?

LUIS ¡Te lo juro!

ERN. Entonces... mi hermana... la cita... ¿Tú no

la quieres. verdad?... ¿Era todo por vencerme a mí?

LUIS (*Espantado de la conclusión a que les ha llevado la escena, cubriéndose los ojos con las manos.*) Ernestina... Ernestina... (*Imponiéndosc el deber de no matar la ilusión de de la muchacha y dando la sensación de que «se come» las palabras que pugnan por salir de su boca.*) No puede ser... no puede ser... (*Avanza hrcia ella, que continúa de espaldas, la coge con fuerza ambas manos, y mirándola franca, resueltamente, la dice:*) ¿Estás loca, estás enamorada, o eres un tormento más?

ERN. (*Vencida del todo y abriendo por completo su corazón, tras de una brevísima pausa de duda.*) Bueno o malo, sincero o mentiroso, confieso mi debilidad. Esa mujer, ese orgullo, míralos rendidos ante ti. Y como hay una Providencia, si el bien que creo ver es mal, sí la felicidad que espero es desgracia, sobre ti, sobre tu alma y tu cuerpo, caerá el castigo. Pero tú no querías a mi hermana, ¿verdad? Era el cebo para mí, el medio de abatir mi altivez, ¿no es cierto?... Ya lo ves, estoy celosa, estoy lóca, adoro a mi hermana, pero quiero que se marche con su marído, lejos, muy lejos de nosotros...

LUIS (*Que después de escuchar la confesión de Ernestina, se ha separado de ella un instante.*) ¡Ernestína!... ¡Isabel!

ERN. (*Yendo rápida hacia él y cogiéndole, como él antes, de las manos.*) ¡Isabel, no!... Ernestina para siempre, al bien o al mal, a la locura definitiva... (*Con dulce reproche.*) ¿Por qué no has hablado antes, di?

LUIS (*Resumiendo toda la escena en esta frase que es su verdad definitiva.*) Porque acaso

entonces no fuese verdad; porque hasta ahora no he visto tu corazón, Ernestina. (*Hay una pausa que hace más interesante el tono de la luz exterior, difuso con los últimos rayos del crepúsculo; por la puertecilla del foro se ve a lo lejos morir el sol, hundiéndose en el mar en un ocaso rojizo. Sobre esta puerta dibújase de nuevo la silueta del criado. A su primera palabra sepáranse Ernestina y Luis, volviendo a la realidad; él enciende la luz del camarote, que adquieasí un mayor carácter de intimidad.*)

CRIADO — Si el señor me permite..,

LUIS — ¿Eh?... Ah, eres tú.... ¿qué hay?

CRIADO — Una señora...

ERN. — ¡Mi hermana Isabel!

CRIADO — Ese ha sido el nombre que ha dado.

LUIS — ¡Isabel aquí! ¡Era inevitable!... Hazla aguardar un momento sobre cubierta. (*Mutis criado.*)

ERN. — ¿Qué vas a hacer?

LUIS — (*Nervioso, desentendiéndose de las palabras de Ernestina· a la puerta del lateral izquierda.*) ¡Santín! ¡Santín! ¡Es preciso salvar con dignidad esta situación difícil! ¡Santín!

ERN. — (*Riendo.*) No te alteres, hombre; ten calma; Isabel no viene a buscarte, sino a buscarme a mí.

LUIS — ¿A ti?... ¡Que locura!

ERN. — Sí, una locura pequeñita, con la que he logrado evitar otra mayor.

(*Por lateral izquierda Flor de Lis y Santín.*)

SANT. — Pero hombre... ¿qué voces son esas? ¿Hay fuego?

FLOR — ¿Hay peligro de abordaje?

LUIS — Hay, Santín...

SANT. — ¿Relatas o suspiras?

LUIS — Relato. (*Aparte.*) Hay, que Isabel acaba de llegar a «La Golondrina».

SANT. — ¡Relata!

LUIS — Ya lo estoy haciendo.

SANT. — No; si lo mío ha sido interjeción. (*Siguen hablando.*)

FLOR — Pero ¿pasa algo, Ernestina?... Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas... no me ocultéis la verdad... ¿corremos algún peligro acuático?... ¡Sería espantoso que aguasen mi felicidad naciente!

ERN. — No temas, mujer; nunca hemos pisado ninguno, tierra más firme que ahora. (*Siguen hablando.*)

SANT. — Chico, perdona que te diga que estás para una camisa de muchísima fuerza: ¿cómo quieres que yo la diga eso?

LUIS — Pues si no eso, otra cosa; tú dila algo; algo que nos salve a todos.

SANT. — ¿Te parece bien que se vaya por donde ha venido?

LUIS — Me parece una grosería.

SANT. — ¿Prefieres que entre aquí?

LUIS — Lo juzgo una temeridad.

SANT. — Pues comprenderás que sobre cubierta no va a estarse toda la vida.

LUIS — ¿No te he dicho ya que seas tú quien lo arregle?

SANT. — Es decir... ¿que me das un voto de confianza?

LUIS — De toda confianza.

SANT. — Entonces.., ¡al agua, patos!... Yo no sé cómo pero yo lo resuelvo todo satisfactoriamente. (*Medio mutis.*) ¡Ah!... Si oyes un grito de ¡hombre al agua! sal en seguida; es que Isabel me ha tirado al mar. (*Mutis foro.*)

FLOR — (*A Luis.*) ¿Dónde va Santín, Luis?

LUIS — No tema usted por él; ha salido a cumplir un encargo mío.

FLOR — Pero por Dios, que yo me entere. ¿Pasa algo?

ERN. — Tranquilízala, hombre; lo menos cree que estamos en peligro de hundirnos.

LUIS — De hundirnos, no; pero de volar, puede.

FLOR — ¡Jesús!... Mi felicidad por el aire.

LUIS — Este es uno de los inconvenientes que tiene jugar con el cariño de los hombres.

FLOR — ¡Oh!... ¡Sí!... ¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Ya, ya lo veo claro!... Me juzga usted voluble; acaso ha pensado usted con Rigoletto: «*La donna e mobile cua piuma al vento...*» Pero no; yo le juro que no he podido llegar a la ruptura; ese hombre me subyuga con sus zaragaterías, ¡ah!... pero nosotros sabremos respetar su dolor, Luis; no volverá usted a vernos para no lacerar con nuestra felicidad triunfante su corazón herido.

ERN. — ¿Eh?... Pero ¿qué dices, Flor de Lis?... Que yo me entere: ¿pasa algo?... (*Bromeando.*)

LUIS — (*A Flor.*) ¡Ea! ¡Sépalo usted de una vez... Pasa que Isabel, enterada sin duda, de la presencia de ustedes en este sitio, acaba de llegar en busca de su hermana; pasa que estas locuras, siempre se pagan caras.

FLOR — ¡Ah, qué espanto!... Veintinueve años y medio de intachable conducta, y al borde de la treintena, tropiezo; pero, afortunadamente, no caigo; Santín me sostendrá... vamos al decir.

ERN. — No te apures, mujer; si contigo no va nada.

FLOR — ¡Va todo y no va más!

ERN. — Menos mal que lo ha tomado a juego. (*Por el foro, Santín.*)

SANT. — ¡*Ritorna vincitore.*! ¡Todo arreglado!

ERN. — ¿Eh?

LUIS — ¿De veras?

SANT. — Como lo oyes; pase usted, Isabel... (¡Soy el único para los momentos difíciles!)

(*Por el foro Isabel.*)

ISAB. (*Midiendo a Luis con una mirada que lo dice todo.*) ¡Caballero!... Ernestina ¿qué has hecho?

ERN. ¡Isabel!... Hermanita buena... madrecita mía, no me riñas... perdóname,

FLOR Sí, amiga mía; perdónanos; yo no quería; pero el amor fué más fuerte que yo; tan fuerte, que aún le quedan impetus para llevarme hasta las gradas del altar.

ISAB. Pocas palabras; no es ocasión de ellas. Sepan ustedes que yo, ignorante de esta aventura, acabo de enterarme de ella por mi propio esposo, que ha llegado hace una hora de Madrid, justamente alarmado por este telegrama, que si en principio pude juzgar una broma pesada, ahora veo que era, por desgracia, la expresión de una realidad.

LUIS (*Leyendo el telegrama.*) «Locura Ernestina llevóle «yath» Luis Almodóvar. Ven primer tren sin falta. Isabel» (*Mirando a ésta.*) Isabel... (*Mirando a Ernestina.*) Ernestina...

ISAB. Porque la actitud de mi marido era violenta, he logrado detenerle y venir yo sola. Entró usted en nuestro hogar juzgándole un caballero: él y yo confiamos en que ha de proceder usted en forma tal que le haga de nuevo acreedor a ese nombre.

LUIS Sé cuál es mi obligación y la cumpliré: tengo el honor de pedir a usted la mano de Ernestina.

SANT. (¡El quinto que se me casa! En cuanto se enteren las madres me hacen novenas como a San Antonio.)

FLOR (Gracias a Dios que voy enterándome de lo que pasa!)

ERN. La mano de Ernestina que también tiene boca, y que por tenerla quiere decirte, que

esto no ha sido sino una locura sin trascendencia: ¿que me encuentras en un camarote de *La Golondrina* acompañada de su propietario el famoso, el terrible Luis Almodóvar? En efecto; pero no a solas, sino rodeada de las amigas que me acompañaron. Es decir, que la cosa no es para alarmarse tanto, mucho más si yo te digo que con ésta, mis locuras han terminado.

LUIS — Pero... ¿y el telegrama?

ERN. — (*Aprovechando que Flor y Santin se arrullan tiernamente, coge de la mano a Isabel y Luis y en tono íntimo les dice:*) Lo puse yo misma anoche: ¿no lo habéis sospechado todavía? Los tres sabemos que era la única solución para tu felicidad y para la mía (*Isabel baja la cabeza y Luis tiene un gesto de admiración para Ernestina.*)

LUIS — Estoy es erando una respuesta a mi petición.

ISAB. — ¿Usted quiere a Ernestina, Luis?

LUIS — Con toda mi alma, porque es buena y porque ante el amor ha sabido dominar su altivez y su orgullo. (*Mirando fijamente a Isabel.*)

FLOR — Lo mismo que he hecho yo... Somos gemelas.

ISAB. — Pues cásese usted con ella y hágala muy feliz.

(*Por la puerta de la izquierda hacen salida, Petrita, Fifina y Cachita.*)

PET. — ¿De veras?

FIF. — ¡Ernestina!

CACH. — ¡Chiquilla!

(*Todo esto simultáneo y rodeándola; Santín se pasea a lo largo de la escena, silbando.*)

LUIS — (*A Santín.*) Ya lo has oído: me caso.

SANT. ¡Bueno! (*Encogiéndose de hombros.*)

LUIS ¿No te importa?

SANT. Menos que un billete de Cuatro Caminos.

ERN. Ahora verás. (*A Santín; le coge de la mano y avnaza con él.*) Tengo que decirte dos palabras, Santín. No quiero que vivas con nosotros...

SANT. Perdona un momento. Luisito, hijo, escucha; yo lo siento mucho, pero mi mujer no quiere que vivas con nosotros; sostiene que cada hombre debe crearse un porvenir con su propio esfuerzo y yo, sintiéndolo mucho, me veo obligado a separarte de mí.

LUIS Esto quiere decir...

SANT. Que he madrugado yo más, y que antes que la tuya, he arreglado mi boda con Flor de Lis.

TODOS Bien... bravo... ¡vivan los novios!

FLOR Sí, Luis; perdóname usted; me han vencido su desesperación y su arrepentimiento.

SANT. Si no es por Espronceda ¡me luzco!

FLOR Todas las noches, a las tres y media, Santín mirará a la luna sideral, hasta que pueda mirar eternamente a la otra luna: la de miel.

SANT. Ya tengo un porvenir: ¡astrónomo!

(*Todos menos Isabel y Ernestiua, rodean a Flor y Santín, dándoles la enhorabuena.*)

ISAB. (*Que está en primer término cou Ernestina.*) Gracias, hermana mía; tu locura me ha salvado.

ERN. ¡Quiera Dios que me haya salvado a mí también!

T E L O N

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE J. SILVA ARAMBURU

La portería.
La fiesta de la alegría.
El terror de las mujeres.
Escribidme una carta, señor Cura.
Su Majestad la Verbena.
La señorita Tenorio.
La Mesonera de Pinto.
La cortesana de Omán.
Freskales-Park.
La chica del «Aguila».
El timo.
Dinero por alhajas.
El debut del Sabañón.
Chiquilladas.
La mancha de la mora.
Daoiz y Velarde.
Los pícaros doctores.
El hombre que perdio el tiempo.
La sombra del manzanillo.
La reina Topacio.
La cinta de Blanca-Flor.
La leyenda del beso
Perdigón.
¿Quién se casa con Paulina?
¡Oh, la radio!
Las mujeres de Barba Azul.
¡Vaya jarana...!
La coqueta.
La contrabandista.
Por qué fue Don Juan, «Tenorio.»
La locura de Ernestina.

OBRAS DE J. L. MAYRAL

La sonrisa de Arlequín.
Ilusión.
Don Juan a la fuerza.
En el llano.
El trepador.
La montaña de cristal.
Flandorfer, el único.
La contrabandista.
El instituto.
La locura de Ernestina.

Precio: 4,00 pesetas.